

J O S É G A O S

S O B R E
E N S E Ñ A N Z A
Y
E D U C A C I Ó N

47

facultad de



FILOSOFIA

Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector :

Dr. Nabor Carrillo

Secretario General :

Dr. Efrén C. del Pozo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director :

Dr. Francisco Larroyo

Secretario :

Juan Hernández Luna

CONSEJO TÉCNICO DE HUMANIDADES

Coordinador :

Dr. Samuel Ramos

Secretario :

Rafael Moreno

EDICIONES FILOSOFÍA Y LETRAS

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. *Schiller desde México*. Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
2. Agostino Gemelli. *El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría*. Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.
3. Gabriel Marcel. *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*. Prólogo y traducción de Luis Villoro.
4. Carlos Guillermo Koppe. *Cartas a la patria. (Dos cartas alemanas sobre el México de 1830.)* Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.
5. Pablo Natorp. *Kant y la Escuela de Marburgo*. Prólogo y traducción de Miguel Bueno.
6. Leopoldo Zea. *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*.
7. Federico Schiller. *Filosofía de la historia*. Prólogo, traducción y notas de Juan A. Ortega y Medina.
8. José Gaos. *La filosofía en la Universidad*.
9. Francisco Monterde. *Salvador Díaz Mirón. Documentos. Estética*.
10. José Torres. *El estado mental de los tuberculosos y Cinco ensayos sobre Federico Nietzsche*. Prólogo, biografía y bibliografía por Juan Hernández Luna.
11. Henri Lefebvre. *Lógica formal y lógica dialéctica*. Nota preliminar y traducción de Eli de Gortari.
12. Patrick Romanell. *El neo-naturalismo norteamericano*. Prefacio de José Vasconcelos.
13. Juan Hernández Luna. *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano*.

14. Thomas Verner Moore. *La naturaleza y el tratamiento de las perturbaciones homosexuales*. Traducción y nota preliminar del Dr. Oswaldo Robles.
15. Margarita Quijano Terán. *La Celestina y Oteló*.
16. Romano Guardini. *La esencia de la concepción católica del mundo*. Prólogo y traducción de Antonio Gómez Robledo.
17. Agustín Millares Carlo. *Don Juan José de Eguirra y Eguren y su Bibliotheca Mexicana*.
18. Othon E. de Brackel-Welda. *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera*. Prólogo y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
19. Gibrán Jalil Gibrán. *Rosa El-Hani (novela) y Pensamientos filosóficos y fantásticos, Breve antología literaria árabe*. Traducidos directamente por Mariano Fernández Berbiela.
20. Luciano de la Paz. *El fundamento psicológico de la familia*.
21. Pedro de Alba. *Ramón López Velarde. Ensayos*.
22. Francisco Larroyo. *Vida y profesión del pedagogo*.
23. Miguel Bueno. *Natorp y la idea estética*.
24. José Gaos. *La filosofía en la Universidad. Ejemplos y complementos*.
25. Juvencio López Vásquez. *Didáctica de las lenguas vivas*.
26. Paula Gómez Alonso. *La ética en el siglo xx*.
27. Manuel Pedro González. *Notas en torno al modernismo*.
28. Francisco Monterde. *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo*.
29. Federico Schlegel. *Fragmentos. Invitación al romanticismo alemán, semblanza biográfica y traducción de Emilio Uranga*.
30. Sergio Fernández. *Cinco escritores hispanoamericanos*.
31. Miguel León-Portilla. *Siete ensayos sobre cultura Náhuatl*.

32. Wilhelm Windelband. *La filosofía de la historia*. Prólogo y traducción de Francisco Larroyo.
33. Claude Tresmontant. *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin*. Prólogo y versión de José M. Gallegos Rocafull.
34. Jesús Guisa y Azevedo y Ángel María Garibay K. *La palabra humana*.
35. Agustín Millares Carlo. *Apuntes para un estudio bibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar*.
36. Matías López Ch. *Estadística elemental para psicólogos*.
37. Juan Hernández Luna. *Dos ideas sobre la filosofía en la Nueva España*. (Rivera vs. De la Rosa.)
38. Christoph Martin Wieland. *Koxkox y Kikequetzel. Una historia mexicana*. Traducción y prólogo de la doctora Marianne O. de Bopp.
39. J. Winiecki. *Hebraísmos españoles. Vocabulario de raíces hebreas en la lengua castellana*.
40. Jorge Lukács. *Mi camino hacia Marx*. Introducción a la lectura de Jorge Lukács, selección, traducción y notas de Emilio Uranga.
41. Miguel Bueno. *Conferencias*.
42. Rogelio Díaz-Guerrero. *Tres contribuciones a la psicoterapia*.
43. Leopoldo Zea. *La cultura y el hombre de nuestros días*.
44. Juan B. Iguíniz. *La antigua Universidad de Guadalajara*.
45. Alicia Perales Ojeda. *Servicios bibliotecarios en Universidades*.
46. Juan Marinello. *Sobre el modernismo. Polémica y definición*.
47. José Gaos. *Sobre enseñanza y educación*.

SOBRE ENSEÑANZA
Y EDUCACIÓN

SOBRE ENSEÑANZA
Y EDUCACIÓN

J O S É G A O S

SOBRE
ENSEÑANZA
Y
EDUCACIÓN

México, 1960



Primera edición: 1960

M-501955

FILOSOFIA
Y LETRAS

LB41

G35

Derechos reservados conforme a la ley
© 1960 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

DEDICATORIA Y ADVERTENCIA

F- 207218

AL DR. FRANCISCO LARROYO. DIRECTOR
DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

TENIENDO, como tengo, la costumbre de dedicar mis publicaciones preferentemente a mis compañeros, me extraña a mí mismo no haberle dedicado ninguna hasta ahora. Pero pienso que quizá se deba a la excepcional circunstancia de haber hecho, desde mis primeras armas en México, ya una veintena bien cumplida de años atrás, y en relación con V., algo más que dedicarle una publicación: componer en cooperación con V. la primera mía de México, que, así, propiamente no es "mía", sino "nuestra". En todo caso me place dedicarle esta colección de trabajos de contenido más o menos relacionado con la Pedagogía lato sensu, aunque avergonzado de la modestia del presente a la primera autori-

dad de México en la materia y a una de las dos o tres primeras —porque no sé si con alguna más que con Mantovani— de todo el orbe hispánico. Lo que me hace superar la vergüenza en placer, es la seguridad de recepción benévola que me da la estimación mutua y la amistad que, atestiguada la primera ya por aquella publicación y con ocasión de ella iniciada la segunda, han persistido, no simplemente sin interrupción, sino acrecentándose, hasta hoy —como de ello espero que vamos a dar buena prueba en breve . . .

4 de noviembre de 1959

El último de los trabajos aquí recogidos no es de contenido relacionado con la Pedagogía, ni siquiera *lato sensu*, sino a lo sumo implícitamente; pero no deja de tener con los dos anteriores una relación de contenido que movió a agregarlo a ellos.

No se han retocado los trabajos, ni siquiera para evitar repeticiones, hasta machaconas, pero que son prueba de consecuencia en ideas, de las que además se estima que sería benéfica la adopción generalizada.

ACERCA DE LA SEGUNDA
ENSEÑANZA MEXICANA

LOS FILÓSOFOS ¹ han acabado por llamar categorías a los conceptos dominantes del pensamiento acerca de una determinada región de objetos o de la totalidad de éstos. Las únicas categorías con que pensar verdadera y eficientemente los objetos de una región determinada, son las autóctonas de estos mismos o del pensar exclusivamente correlativo de ellos. El pensar determinados objetos con semejantes categorías tiene tales éxitos de verdad y eficiencia, que es irresistible la tentación de pensar con las mismas categorías todos los demás objetos, con la consecuencia del fracaso frente a todos estos otros objetos, por no haberse dado cuenta de que la condición del éxito estaba en la autotonía de las categorías y su limitación a los ob-

¹ Este artículo que estamos iniciando fue escrito a petición del señor secretario de Educación de México, Dr. don Jaime Torres Bodet, en abril de 1959; publicado en *Educación*, 2ª época, número 2, septiembre de 1959.

jetos de que eran autóctonas, y la causa del fracaso en la extralimitación o extensión a objetos extraños. Cosa pareja acaece con las instituciones. Las únicas viables y eficaces son las autóctonas de los grupos humanos que las necesitan como órganos o instrumentos de su vida colectiva y de la vida de los individuos miembros de ellos. Pero el éxito de las autóctonas mueve irreprimiblemente al error de la adopción mimética de las extrañas. La única manera de evitarlo es esforzarse ya por empezar concibiendo las instituciones de un grupo humano partiendo de las efectivas, ineluctables circunstancias que dentro de éste habrán de rodearlas.

Las instituciones humanas son instrumentos u órganos, es decir, a medias organismos, a medias artefactos; pero en total para un servicio, para el logro de un fin o teleológicos. La finalidad es, pues, lo que debe definir desde la concepción mental, y lo que determinará de hecho desde el alumbramiento real, su complexión y su vida.

Las finalidades autóctonas de las instituciones, las requeridas e impuestas por las circunstancias que serán las de su nacimiento, desarrollo y eventual muerte, son, en suma, lo primero que hay que determinar para poder precisar

consecuentemente el perfil de una futura institución o de la reforma de una existente.

La Segunda Enseñanza representa, y puede y debe representar, en México, una etapa de la formación humana y profesional para los jóvenes que hagan estudios superiores, y para un número de impúberes y púberes sin duda enormemente mayor, la última etapa de la formación toda antes de la inmersión en la vida en toda la plenitud de la palabra. La Segunda Enseñanza mexicana no puede, pues, sustraerse al servicio de ninguna de estas dos finalidades: preparar a los unos para los estudios superiores; preparar a los otros para la vida, pura y simplemente. Estas dos finalidades, además de compleja cada una, son, si no antagónicas, si lo suficientemente divergentes para que planteen el problema de la posibilidad de lograrlas por medio de una única y misma institución.

El logro sería imposible si en la naturaleza de las cosas no hubiese el trío de términos que en uno de sus más notables ensayos, justamente de tema pedagógico, mi maestro Ortega y Gasset ejemplificó con el seudópodo de la amiba, el pie del hombre y la bicicleta. La amiba emite especies de pies, sumamente amorfos, para efectuar actos igualmente rudimentarios, y pasajeros, tras

de los cuales reabsorbe los pies emitidos, pero suficientes para su vida, por adaptables justamente en cada coyuntura de necesidad a la necesidad de la coyuntura, o renovables o reemplazables. El pie humano es ya un órgano de forma sumamente definida, de existencia fijada a la del cuerpo entero, de funcionamiento prácticamente perfecto para sostenerse sobre él y para andar, pero rudimentario para otros fines, como, por ejemplo, coger con sus dedos; y si amputado o invalidado, irrenovable o irreemplazable como pie vivo. La bicicleta es un artefacto de forma tan definida como la del pie, de funcionamiento mucho más apto que éste para andar mucho más velozmente durante mucho más tiempo, pero inservible para otros fines, y si no fijado al cuerpo humano, y si deteriorado o perdido, reparable o reemplazable, bajo condiciones económicas tan determinadas que pueden dificultar o imposibilitar la reparación o el reemplazo tanto cuanto puedan serlo las del pie vivo invalidado o amputado. Pues bien, si las instituciones docentes *tuviesen* que ser como la bicicleta, o incluso como el pie, la Segunda Enseñanza mexicana, al servicio de las dos finalidades indicadas, sería imposible. Pero, por fortuna, las instituciones docentes *pueden* ser, no sólo

como el pie, sino incluso como elseudópodo de la amiba. Y *deben* serlo, si las circunstancias lo requieren o lo imponen.

La constitución y el funcionamiento de una institución docente como bicicleta o como pie se da en toda aquella que se ha especificado o especializado, como organismo o incluso como artefacto, en su técnica, de tal suerte, que no puede dar más que una muy determinada formación o información, más o menos compleja, por bien que la dé. La constitución y el funcionamiento de una institución docente como pseudópodo amiboide se da en aquella que como organismo se mantiene lo bastante cerca de las fuentes mismas, indiferenciales, pero fuentes, de la vida, para poder "poner en forma" frente a las posibilidades de la vida, cuya marcha normal es una pluralidad de oportunidades abiertas a una realización efectiva y definitiva cada vez de menos.

La vida humana misma tiene el trío de términos del ejemplo orteguiano. Todo lo que en ella es especialización o especificación, lo es de potencias radicales y generales a todos los hombres. De poeta, músico y loco todos tenemos un poco, dice el refrán. Y de todo lo demás humano, hay que añadir. El pedagogo no es más que

el especialista profesional de lo que en todo ser humano hay de autoeducador y coeducador de sus prójimos. El filósofo, no más que el especialista profesional de lo que en todo ser humano hay de poseedor, si no de autor, de una concepción o visión, por rudimentaria y poco original que sea, del mundo y de la vida. Del loco mismo podría decirse que es el especialista profesional de lo que en todo ser humano hay de cercano a lo anormal o patológico mental, según ha llegado a ver y a enseñar bien la ciencia psicológica, psicopatológica y psiquiátrica de nuestros días.

Los términos extremos del trío del ejemplo y de la vida se encuentran representados en el orden de la enseñanza y la educación por la información enciclopédica estabilizada y transmitida por el maestro y recibida por el discípulo pasivamente, y por la formación del discípulo por el maestro en el trabajo en común sobre disciplinas fundamentales, condicionantes y hasta creadoras de todas las demás.

Tales son, principal si no exclusivamente, las matemáticas en los dominios de las ciencias exactas y naturales y el idioma o lengua nacional en los dominios de las ciencias humanas, o más ampliamente de las humanidades.

Parece un hecho tan probado histórico-culturalmente como para no necesitar ya de más prueba, sino sólo de la enunciación, para ser reconocido, el de que las matemáticas sustentan las ciencias físicas y la técnica fundada en ellas y que es la potencia informativa, dominante y revolucionaria de la vida humana toda en nuestro tiempo, y que la matematización creciente es el ideal de las ciencias naturales biológicas y aun de las humanas, desde la Psicología y Antropología hasta la Economía y Sociología. Por lo que se puede afirmar que quien conozca mediocrementemente las matemáticas, por querer conocer también las demás ciencias, lo que no podrá ser sino asimismo mediocrementemente, no dominará en realidad ninguna ciencia, técnica ni siquiera oficio como quien domine en realidad las matemáticas estará en potencia de dominar cualquier ciencia, técnica u oficio.

En cuanto al idioma, no se trata tanto del conocimiento teórico de su gramática e historiográfico de su literatura, cuanto del dominio de él como medio de expresión y de la lectura, adecuadamente explicada y prolongada en trabajo personal, de las obras maestras en él escritas dentro de los géneros que van desde el cuento hasta el pensamiento filosófico. De lo que se

trata es de lograr que el estudiante llegue a expresarse oralmente y por escrito con justa adecuación al tema y a la circunstancia ocasionales, lo que entrañará una disciplina del pensamiento, y aun del sentimiento y la voluntad. Y la lectura de las mentadas obras maestras adecuadamente explicada y prolongada en trabajo personal, será instrumento preeminente para el logro no sólo de aquella expresión, sino de la disciplina del pensamiento, sentimiento y voluntad entrañada en ella, o de la educación o formación toda, intelectual, estética y moral del estudiante.

Sobre las matemáticas se erigirá la enseñanza de las nociones de ciencias físicas y naturales que se juzgue deber añadir tomando en cuenta lo que enseguida se dirá acerca de planes y métodos, y aun las nociones relativas a técnicas y oficios, tomando en cuenta lo mismo, más lo que se añadirá de específicamente relativo a estos últimos. En el aprendizaje del manejo y dominio del idioma y de sus letras pueden injerirse las nociones de ciencias humanas que también se juzgue debe añadir tomando en cuenta siempre lo mismo. Aquí parece de aplicación *mutatis mutandis* un método que se ha aplicado en la iniciación en la filosofía, bajo el nombre

de método ocasionalista: aprovechar todas las ocasiones que deparan las disciplinas no filosóficas para llevar éstas hasta la filosofía misma. La enseñanza de las matemáticas puede coronarse iniciando en la filosofía de la matemática. En la enseñanza de la literatura pueden ingerirse cuestiones de filosofía de la literatura. Análogamente, en la enseñanza del idioma y de su literatura pueden injertarse *ocasionalmente*, oportunamente, las mentadas nociones de ciencias humanas; y en la enseñanza de la matemática, *ocasionalmente*, pertinentemente, las aludidas nociones de otras ciencias, por ejemplo, por la vía de problemas matemáticos de contenido físico, biológico, etc. Infinitos son los caminos enlazados entre sí que se abren al genio pedagógico para conducir a los educandos por el universo de las disciplinas y el universo real que en él se espeja.

Ninguna educación puede reducirse a la instrucción intelectual. Ni la educación estética, a la asequible por la vía de las letras. A la educación literaria debe agregarse debidamente la de las artes plásticas y la música, el canto, la danza, como a la instrucción intelectual y a la educación estética en toda su amplitud, la educación del cuerpo y de sus órganos, principalmente el de la mano, "exclusiva del hombre", por medio

del trabajo manual, el juego y el deporte. Pues, también aquí parecen de aplicación los principios indicados y aplicados en lo anterior y aun en lo que seguirá. También parece haber actividades estéticas y ejercicios manuales y físicos en general, generadores de capacidades y destrezas de múltiples especificaciones, por lo mismo preferibles a aquellos que desde un principio confinen en una sola y muy especializada operación o habilidad.

En las fundaciones y reformas pedagógicas suele concederse a los planes una importancia que debiera concederse a los métodos. Exagerando, sin duda, en favor de la enérgica inculcación de la idea que importa, podría decirse que lo mismo daría enseñar unas cosas que otras, con tal de que las que se enseñasen, se enseñasen bien en vez de mal. Los planes de materias, asignaturas o disciplinas no tendrían más importancia que la de impedir o permitir el empleo de los buenos métodos. Así, por ejemplo, será pésimo un plan que imponga tantas horas de clases de distintas materias con sendos profesores, que impida el trabajo y la formación con y por medio de *un* verdadero maestro. No se deben trazar planes con arreglo a una idea del estado actual de la especialización del saber, sin preocuparse

de los métodos que hayan de emplearse en la aplicación del plan; más bien se debe proceder en esta otra forma: los únicos métodos fecundos son éstos: ¿qué plan, no ya es compatible con ellos, sino mana de ellos como por ellos requerido?

De lo que se trata, en suma, es de aprender a trabajar y a vivir. Ahora bien, trabajar y vivir son actividades que pueden potenciarse —también degenerar— en hábitos. Aprender a trabajar y a vivir será, pues, la práctica misma de las actividades que es lo único que hace adquirir los hábitos. Tal práctica de actividades y adquisición de hábitos puede ser autodidáctica, a fuerza de ensayos y errores a lo largo de la vida, o puede ser dirigida por profesores o maestros, dirigida mucho más recta y prontamente hasta sus metas, al menos las iniciales, que las finales lo son, por ser tales, del esfuerzo de la vida entera. A trabajar y a vivir no se aprende bien y pronto —hay límites infranqueables a ambas cosas, la rapidez y la perfección— más que viendo trabajar y vivir a quien sabe trabajar y vivir, y empezando a trabajar y a vivir bajo su dirección y corrección, e insistiendo en ello hasta poder seguir haciéndolo ya exclusivamente por propia cuenta, iniciativa y responsabilidad. A do-

minar las matemáticas puras y aplicadas no se llega más que resolviendo problemas de matemáticas puras y aplicadas bajo la dirección y corrección de un profesor competente en ellas. A dominar el idioma como medio de expresión, con cuanto tal dominio entraña, no se llega más que hablando y escribiendo con y para un profesor que a su vez domine tal medio, bajo su dirección y corrección. Etcétera.

Tal trabajo dirigido es lo esencial, desde los primeros grados de la enseñanza, y no sólo en la superior, o incluso en las etapas finales de la superior, como en las tesis de grados universitarios. Pensar esto último es un error de las peores consecuencias. El aprendizaje correlativo de la enseñanza no puede ser puramente receptivo o pasivo nunca; debe ser activo y personal todo a lo largo de su curso. Tan sólo hay que graduar este su curso, las tareas que a la labor activa y personal vayan proponiéndose sucesivamente a través de los años, desde las que no pueden tener por efecto sino el descubrimiento de mediterráneos por los principiantes, hasta las que pueden dar por resultado el descubrimiento de nuevos mares y océanos por los predestinados a ser reconocidos como genios.

En tan esencial trabajo dirigido hay un punto de importancia singular. No es posible la *formación* bajo un gran número de profesores de un gran número de alumnos. El concepto de maestro, en el sentido de la persona con quien se eduquen o formen verdaderos discípulos, y el de discípulo en este sentido, parecen requerir, por esencia imperiosa, la singularidad del maestro, o al menos del dominante o preferente, y la escasez numérica de los discípulos que se estrechen en torno a él. Este punto incita a reflexionar sobre las posibilidades de organizar la enseñanza, no como viene siendo más sólito, y quizá crecientemente, sino en una dirección inversa, que habría que emprender o volver a emprender. Se adscriben a gran número de profesores sendas materias y se hace pasar a todos los alumnos por la clase de cada uno de tantos profesores. Debiera adscribirse a cada uno del *mismo* número de profesores un pequeño grupo de alumnos, para que con él cursasen el mayor número posible de las materias del plan —que debiera ser del menor número posible de materias, en razón de todo lo expuesto— durante el mayor tiempo posible: el ideal, el tiempo íntegro de los estudios del grado.

La gran objeción al punto anterior será la de la especialización científica, creciente en la marcha irresistible, y con sentido, de la historia. Pero esta gran objeción no será grande, ni siquiera objeción, más que si fuese verdad probada la de que a la especialización científica creciente no puede menos de seguir una especialización didáctica también creciente. Pero ¿es ésta realmente una verdad probada? ¿No será más cierta y más sana verdad la de que la especialización científica creciente, que está dejando al hombre sin idea unitaria del mundo y de la vida, y esto es, sin idea de su propia unidad, sin embargo indispensable para una vida no dispersa y azarosa, debe ser contrarrestada justamente por una creciente antiespecialización didáctica, que devuelva al hombre las unidades en trance de perdición, obligando al maestro a esforzarse por lograrlas para sí y por poner al discípulo en vías de lograrlas a su vez? En todo caso, es todo lo anterior de este escrito un alegato en pro de semejante reconcentración del ser humano que no debiera desecharse sin tanta reflexión sobre ella como la no poca de que es oriunda la idea de ella. Pero esta advertencia conduce al último punto, ya, de este escrito.

Quizá en todo lo humano son más decisivas que las cosas las personas. Indudable parece tratándose de las instituciones docentes. Magníficos edificios espléndidamente dotados, sin verdaderos maestros que los utilicen adecuadamente, no producirán sobre estudiantes y educandos la acción que sobre ellos producen verdaderos maestros ejercitando su vocación pedagógica a cuerpo limpio. Toda institución, toda reforma docente, es fundamentalmente, decisivamente, una institución, una reforma, de personas, de las personas de los docentes. Suponiendo que las orientaciones apuntadas en lo anterior fuesen certeras, lo que se requeriría fundamentalmente, decisivamente, serían profesores o maestros compenetrados con ellas hasta el punto de convicción que genera la espontánea y entusiasta acción conforme. Suponiendo que las orientaciones certeras fuesen otras, lo que se requeriría de la misma manera serían profesores o maestros compenetrados con ellas hasta el mismo punto. Por lo tanto, la cuestión de la Segunda Enseñanza mexicana es fundamentalmente, decisivamente, la cuestión del profesorado o magisterio de la segunda Enseñanza mexicana: de su existencia actual o de la formación del futuro, más o menos cercanamente. Suponiendo que

no existiese en la actualidad un magisterio compenetrado como se ha indicado con la Segunda Enseñanza que se concluyera deber reformar, poco importaría el aplazamiento de la reforma hasta la existencia del profesorado requerido, ante la seguridad de la frustración de la Segunda Enseñanza reformada en manos de un profesorado no compenetrado con ella como se ha indicado. Añádase que únicamente un magisterio unánime en tal compenetración aseguraría a la Segunda Enseñanza los efectos de unificación nacional, por su acción sobre los ánimos de sus educandos, que fue el ideal de los grandes mexicanos reformadores-fundadores de la instrucción pública y la educación nacional y debe seguir siendo el ideal de las instituciones docentes todas del país. Las anteriores proposiciones acerca del magisterio las estima el autor de este escrito las más importantes de todo él.

Para terminar, permítasele al profesor de filosofía autor de este escrito, que está animado él mismo por la convicción de las ideas expuestas y cree haberlas puesto por obra a lo largo del ejercicio de su profesión, —iniciado precisamente por la Segunda Enseñanza española—, no sin algún éxito, ya que se ha visto honrado con el nombre de maestro por no pocas y no

poco distinguidas personalidades que se han dado el de sus discípulos; permítasele poner al profesorado de la más perfecta Segunda Enseñanza mexicana bajo la advocación de un filósofo: de aquel filósofo que era hombre del pueblo, y no de ninguna casta aristocrática, aunque resultó máximo educador de aristócratas; que ejercía el oficio manual de tallista de piedra y el oficio ideal de partero de hijos ideales de las almas, que mimaba el oficio de partera de hijos reales de las mujeres que era el de su madre; que no escribió nunca una línea y decía no saber nada más sino que no sabía nada, pero que enseñó a los mayores maestros de la cultura occidental y humana toda a pensar y exponer las ideas por las que son tales maestros; que fue el tábano agujador sobre el lomo de su pueblo, cabrio-leador siempre y encabritado en históricas ocasiones; que expuso y encarnó como nadie y para siempre el eros pedagógico . . .; en suma, permítasele poner al profesorado de la más perfecta Segunda Enseñanza mexicana bajo la advocación de Sócrates, arquetipo del *MAESTRO*, escrita la palabra con todas las letras mayúsculas, del maestro no especializado científicamente, pero formador de hombres con el diálogo libre y en la convivencia cotidiana; arquetipo,

para decirlo en compendio y cifra, de la educación concebida bajo la imagen del seudópodo inmediato a las fuentes de la vida y emergente con adecuación perfecta ante y a cada emergencia de ella. Ser fiel secuaz de tamaño ejemplar no puede sino llevar aneja la más alta honorabilidad docente, como ni la Academia, ni el Liceo sobrepasan la gloria de la escuela matriz, deambulante o sedente por plazuelas y callejas, gimnasios y triclinios.

CUATRO PUNTOS CARDINALES UNIVERSITARIOS

ENTRE los numerosos, si no innumerables, puntos que pudieran indicarse o desarrollarse acerca de la organización actual o la eventual reorganización de las Universidades de los países de lengua española, hay, a juicio del autor de este artículo, dos absolutamente cardinales, no precisamente sin relación entre sí, y a los cuales son anejos sendos puntos de apenas menor importancia.¹

¹ El Señor Rector de la Universidad Central de Venezuela, doctor De Venanzi, invitó a algunos profesores extranjeros visitantes de la Universidad a reunirse con algunos miembros del Consejo Académico, para cambiar ideas acerca de sus experiencias universitarias y de la organización o reorganización de las Universidades de los respectivos países. Este artículo es la reproducción y desarrollo por escrito de las ideas apuntadas oralmente por el autor en dicha reunión, pero tomando en cuenta ya en algunos puntos las observaciones u objeciones que se les hicieron y aun observaciones y objeciones no hechas a ellos e ideas emitidas independientemente de ellos.*

* Escrito en abril de 1959. Publicado en *Cultura Universitaria*, órgano de la Universidad Central de Venezuela, números 66-67, enero-junio de 1959.

El primero de los dos puntos absolutamente cardinales es el de la productividad o creatividad cultural de las mentadas Universidades. Parece muy inferior, aun guardando todas las proporciones debidas, a la de las Universidades de los países de los que se dice que van a la cabeza de la cultura. Ello a pesar del indesconocible incremento de tal productividad o creatividad de las Universidades de los países de lengua española en los últimos decenios, lustros, años. Y a pesar de no entender por productividad o creatividad cultural únicamente las obras del genio creador, inventor o descubridor, ni siquiera la investigación científica *stricto sensu* en los dominios de las distintas ciencias, desde las exactas hasta las humanas, sino también todos esos productos o creaciones menores que circundan a aquellas obras y a la investigación científica *stricto sensu* como exposiciones, análisis, comentarios, críticas . . . e integran con la investigación científica y con las obras del genio creador, y en un volumen enormemente mayor al menos que estas últimas, la producción científica *lato sensu* y buena parte de la producción cultural toda aun en los países a la cabeza de la cultura universal. Ahora bien, poniéndose en actitud de originalidad radical, como la que movió a Unamuno a

concluir exclamando "¡que inventen ellos!", o de examen crítico lo más a fondo posible de lo recibido y proseguido hasta sin examen alguno, por mera inercia o mimetismo, no sería precisamente arbitrario plantear la cuestión del valor mismo de tal productividad o creatividad cultural; pero el desarrollo de tamaña cuestión llevaría aquí demasiado lejos, por lo que aceptando el valor, universalmente reconocido, de la repetida productividad o creatividad, y como consecuencia el *déficit* que representaría la productividad o creatividad cultural comparativamente escasa de las Universidades de los países de lengua española, se trataría de los medios más conducentes a acabar con el *déficit* o a incrementar la investigación y las publicaciones de las Universidades de referencia hasta un volumen y una calidad conjuntamente satisfactorios.

Al autor de este artículo le parece que el principal, si es que no el único, de tales medios, sería la inversión de la importancia relativa tributada tradicionalmente a planes y métodos. La organización y las reorganizaciones universitarias —docentes, en general— vienen tradicionalmente contemplándose ante todo y sobre todo bajo la especie de la institución o la reforma de los llamados planes de estudio, y éstos a su

vez ante todo y sobre todo bajo la especie del estado de las disciplinas tales cuales cultivadas, especializadas, desarrolladas por los creadores, investigadores y demás que en ellas o en torno a éstos trabajan sin curarse de la enseñanza y aprendizaje de ellas. Así, por ejemplo, en vista de que en tal estado actual de la filosofía se cultivan una serie de disciplinas que, además de las seculares y clásicas, lógica, metafísica, ética . . . , comprenden otras muchas, más nuevas, como la antropología filosófica, la filosofía de la religión, la filosofía de la cultura, la filosofía social, la filosofía de la economía, etc., etc., se hará un plan de estudios filosóficos en que figurarán todas —sin ni siquiera plantearse adecuadamente, ni menos resolver satisfactoriamente, la cuestión de si todos los que hayan de seguir tal plan de estudios deberán, o simplemente podrán, cursarlas todas, y si no, qué significará que no todos las cursen todas, sino unos unas solamente y otros solamente otras. Mas, exagerando, sin duda, la expresión hasta lo drástico, para dar el mayor relieve posible a la idea que interesa destacar, y confiando en la inteligencia de los lectores para tomar lo así dicho *cum grano salis*— y valga desde ahora la observación para otros muchos pasajes ulteriores de este artícu-

lo—, bien puede decirse que lo mismo daría enseñar unas cosas que otras, con tal que las que se enseñasen, se enseñasen bien en vez de mal; o que los planes no tendrían más importancia decisiva que la de hacer posible o imposible el empleo de los buenos métodos en lugar de los malos. Así, por ejemplo, un plan de estudios que por imponer el paso de cada uno de los que hayan de seguirlo por el curso de cada uno de numerosos profesores cada año, distintos, además, de un año para el otro, impida la formación de los estudiantes por la única vía de *formación* existente y posible, a saber, el trabajar lo más posible durante todos los años de estudios preferente, si no únicamente, con el mismo maestro, debiera calificarse, o mejor, descalificarse, de raíz, como pésimo.

Porque si de lo que se trata es de incrementar la productividad o creatividad cultural, de lo que se trata es de reemplazar la preponderancia, exclusiva o poco menos, de la mera *información* dada por numerosos *profesores* real, o sólo presuntamente, especializados hasta el punto de no poder dar otra, y quizá de no poder hacer otra cosa, y de la recepción meramente pasiva de tales informaciones por los *alumnos*, por la preponderancia, poco menos que exclu-

siva, de la *formación* por el maestro, que si ha de ser real y verdaderamente *maestro*, apenas puede serlo más que en singular, como reales y verdaderos *discípulos* únicamente pueden serlo de tal maestro. Porque si de lo que se trata es de incrementar la productividad o creatividad cultural, de lo que se trata en el fondo radical es de aprender a trabajar productiva o creativa y personalmente siguiendo el único método para ello consentido, pero también deparado, por la naturaleza de las cosas: ponerse desde un principio a trabajar con quien trabajar ya sepa, o bajo su exhibición, dirección y corrección empezar por imitarlo y pasar por criticarlo hasta llegar a trabajar por propia y espontánea iniciativa, cuenta y riesgo y responsabilidad y con personal originalidad —si con perfección superior a la del maestro, porque hacerlo con originalidad inferior sería obra de prurito sin justificación objetiva o de motivación vana, vanidosamente subjetiva. Pues trabajar bien, manual o mentalmente, tiñendo tejidos y haciendo hipótesis en histología o haciendo papeletas y conjeturando enmiendas en filología, es dominar, un plexo de hábitos, y por ende aprender a trabajar es adquirir hábitos en complexión, y los hábitos, ni en complexión ni aislados, ni los del cuerpo

ni los del espíritu, se adquieren más que por el ejercicio reiterado, en los más de los casos largamente, de la actividad respectiva, ya autodidácticamente, ya bajo la mentada exhibición, dirección y corrección por parte de un maestro, lo que la experiencia humana toda enseña que conduce por lo regular más pronta, segura, certeramente a la meta y es, en todo caso, la única justificación de toda didáctica y toda institución docente. Y una prueba de cuanto se acaba de asentar quizá sea el hecho, tan generalizado, de que al acabar la carrera, no ya el investigador en física o en historia, sino el médico o el abogado se ponga a trabajar en la clínica o el bufete de un gran profesional de la medicina o la abogacía, como ayudante o pasante, para aprender con él y en unidad lo que no aprendió en dispersión por los cursos de los años de la carrera, pero quizá pudiera aprender desde estos años, si adecuadamente para ello se reorganizase la enseñanza de la formación profesional hasta del médico y del abogado.

Lo anterior, acerca del primero de los dos puntos absolutamente cardinales anunciados desde el principio. A él es anejo el punto del problema planteado por la presencia, en las Universidades, de crecientes masas de estudiantes y,

correlativamente, de profesores: 10,000 estudiantes este año en esta Universidad Central de Venezuela, 40,000 estudiantes este año en la Universidad Nacional de México . . . , y para atenderlos, naturalmente, miles, también, de profesores, de tiempo completo, de medio tiempo, de hora suelta, pero completa, y hasta de hora incompleta . . . Ahora bien, o más rigurosamente, ahora mal, donde hacen su presencia las masas humanas, desciende el humano nivel medio y dominante. La naturaleza no es pródiga con el hombre en genios, ni siquiera en talentos, pero sí mucho en mediocridades y casi tanto en inferioridades. Por lo tanto, una masa humana resulta *naturalmente* dominada en número y en conjunto por las mediocridades, si no las inferioridades. Es *naturalmente* imposible que entre cien profesores de cualquier disciplina no haya unos noventa a lo sumo mediocres. Pues ¿qué decir de mil estudiantes de la misma disciplina? Oh, el peso descendente, en sentido *activo*, de novecientos estudiantes mediocres, esto es, que se movilizarán en conspiración permanente, infatigable, implacable, para lograr la rebaja de todas las exigencias de suficiencia, a fin de acabar los estudios y hacerse del título con los menos esfuerzos posibles, casi,

casi, a como dé lugar, según dicen los mexicanos. Si factible les es, desertarán las aulas de los profesores "exigentes", para henchir las de los "facilitones", que suelen ser, respectivamente, las de los más y los menos competentes, porque en las "facilidades" suele buscarse y encontrarse el remedio a la falta de atractivo de la incompetencia.

Mas el espíritu de justicia social, más exactamente que de democracia, que es característica valiosa de la época contemporánea de la historia humana ya mundial, no permite negar, sino que obliga a reconocer, el derecho de las masas a la enseñanza y educación más alta posible, y hasta la general conveniencia humana de que tan alta educación y enseñanza reciban: ya que hay masas humanas, que sean lo más cultivadas posible, es apotegma de evidencia indisputable. Sólo que lo que hay en realidad es una pugna históricamente dramática entre la aspiración de las masas mismas a su ascenso cultural y la avaricia de la naturaleza con las dotes humanas que pesa como lastre contra tal ascensión. Y la pugna tiene por liza específica la Universidad del día de hoy. En la que el autor de este artículo no logra divisar a la pugna apaciguamiento satisfactorio más que dirigiéndose hacia una separación de la cultura

general *superior*, la formación profesional y “re-
formación” de los post-graduados y la forma-
ción de las minorías productivas o creativas cul-
turalmente. La educación, en el sentido más ge-
neroso posible, del ser humano, no acaba sino
con su vida. A lo largo de toda nuestra vida,
desde el nacimiento hasta la muerte mismos, an-
damos todos los humanos autoeducándonos y
coeducándonos. Se trata precisamente de la cons-
titución específica de la vida humana que se
antojaría instancia contra la sabiduría de la
creación: ser la vida entera aprendizaje de ella
para . . . morirla. Toda educación es, pues, sus-
ceptible de superación y perfeccionamiento. El
bachillerato no puede, por lo tanto, recabar para
sí *definitivamente* la cultura general, la forma-
ción humana: ambas, no ya pueden, deben pro-
seguirse dentro de la Universidad. Organo de
la prosecución podría ser una Facultad de Cul-
tura como la ideada por Ortega y Gasset en *Mi-
sión de la Universidad*, en donde no sólo en-
traran los recién ingresados en la Universidad,
sino adonde volvieran los egresados de ésta, al
cabo de más o menos años, para renovar o po-
ner al día su cultura general, enterándose de la
mejor manera posible de los nuevos hechos y las
nuevas ideas en los dominios principales del sa-

ber o en los de su personal predilección. Análogamente dan las Escuelas para Postgraduados existentes ya en muchas Universidades satisfacción a la necesidad que los profesionales mismos y la sociedad tienen de que los profesionales renueven periódicamente sus conocimientos y destrezas para poder seguir siendo útiles socialmente y a sí mismos con conciencia honrada. Pero de las masas de la Facultad de Cultura y de las Facultades profesionales hay que separar a las minorías culturalmente productivas o creativas, en el sentido de formarlas aparte por el método antes propugnado, en los laboratorios y seminarios, que son los recintos abiertos a su vocación y aptitud, cerrados sobre ellas a la acción descendente, siempre en sentido activo, de las masas, a las que si interesa su ascensión cultural, no interesa propiamente la producción o creación cultural, ni, aunque les interesara, podrían lograrla, por lo ya repetido. No separación en el sentido, ni de que las minorías se iniciasen y mantuviesen ajenas a la cultura general ni a los problemas de las masas, ni de que no aportasen a estos problemas justamente sus soluciones y no operasen así sobre las masas mismas y su cultura general, según se dirá a continuación.

Pues el segundo de los dos puntos absolutamente cardinales anunciados desde el principio es el de las relaciones entre la Universidad y la política, para enunciarla por lo pronto en los términos más amplios, aunque lo que haya que hacer inmediatamente sean distinciones. Y la primera, entre los universitarios como ciudadanos y los universitarios como tales o la Universidad como tal. Como ciudadanos, tienen los universitarios los mismos derechos y deberes políticos que los demás ciudadanos, en el orden del derecho positivo y constituido y en el del natural y constituyente. Si la constitución legal del país impone a los ciudadanos el deber de votar, los universitarios tienen el de cumplirlo. Y si el régimen constitucional del país es ilegalmente abolido por la violencia, tienen, no sólo el derecho, sino el deber de oponerse a la abolición o de pugnar por la restauración del orden legal o la instauración de uno nuevo, incluso por la fuerza. Si el título de universitarios, sea del cuerpo docente, sea del discente, da al cumplimiento de tales deberes particular ejemplaridad o eficacia dentro del cumplimiento de los mismos por todos los ciudadanos, miel sobre hojuelas. Pero estrictamente en cuanto universitarios, o la Universidad en cuanto institución esencial-

mente de investigación, de enseñanza y aun de educación, no debieran intervenir en la política, ni tolerar que la política interviniese en la vida de la institución, más que en el sentido de la alta política consistente en estudiar los problemas de la vida nacional y proponer las soluciones científicas, técnicas, a ellos, para la realización de ellas por los políticos profesionales en el poder o al servicio de las instituciones políticas legales del país. La vida de una nación está planteando renovadamente problemas de índole política y jurídica, religiosa, moral y educativa, económica, etc., cuya solución debiera aportarla fundamentalmente la ciencia política o jurídica, la filosofía o la ciencia de la educación, la ciencia económica, física o natural, etc., inteligentemente aplicadas por la experiencia y la prudencia políticas profesionales. La pluralidad de soluciones científicas a tales problemas, sobre todo a los del dominio de las ciencias humanas, no obsta al carácter científico de las soluciones ni a la superior valía de las de tal carácter sobre las que no puedan pretender ostentarlo: sobre todo, si se aplica singularmente en este punto lo que más adelante se dirá sobre el liberalismo. Que una misma persona pueda ser al par universitario y político profesional, tampoco obsta

a la distinción entre la forma en que como científico habrá de investigar un problema y la forma en que como político habrá de aplicar la solución. La Universidad y sus miembros, en cuanto tales, no deben ser ajenos, extraños, a los problemas actuales de la vida de su país —ni aun cuando pudiesen serlo. Todo lo contrario. Deben darse, dedicarse a ellos quizá incluso con preferencia sobre vocaciones y dilecciones más universales, utópicas, ucrónicas —o abstractas de la concreción de la circunstancia. Pero la dedicación específicamente universitaria a ellos, es exclusivamente la del estudio de los problemas y aportación de soluciones por los que se está abogando. Y en tan patriótica labor se encuentra la relación entre los dos puntos anunciados como absolutamente cardinales desde el principio de este artículo. Para que la productividad o creatividad cultural sea auténticamente productividad o creatividad, le es indispensable un cierto grado de originalidad, ya que los conceptos de reproducción y creación resultan antitéticos. Más difícil será a Universidades como las de los países de lengua española competir o emular en producciones o creaciones originales a las Universidades de los países más adelantados, como también se dice de ellos, en

otros campos del saber que en los de la propia tierra, o en otros temas ni con otros recursos que los autóctonos y, por tales, peculiares y aun exclusivos de ellos. Difícil que la Universidad Central de Venezuela haga filología clásica, por ejemplo, como la hacen la Sorbona, Oxford o Harvard; pero para investigar la naturaleza venezolana y sus recursos, la historia venezolana y sus valores, tendrían que venir a Venezuela los investigadores extranjeros a quienes interesasen tales investigaciones.

Adelántense los venezolanos mismos en el interés por sí mismos a todo posible interés extranjero por ellos. La misma labor es el único medio de dejar de ser o de no volver a llegar a ser colonia cultural del extranjero. Porque el concepto de colonia no es exclusivamente el de colonia de explotación y opresión materiales, sino también el de colonia de imbibición y asimilación espirituales, sea como finalidad propia, sea como instrumento de la explotación y opresión materiales, como quizá sea en los más de los casos. Ciertos institutos de relaciones culturales entre naciones, ciertas publicaciones de instituciones o empresas extranjeras para el público de los países a los que son extranjeros, son órganos de imperialismo cultural tan poco disi-

mulado que en ellos mismos se exhiben y anuncian los intereses políticos y económicos que los fundan y sustentan. La cultura debe ser universal en la recepción de ella —y en la creación de ella. ¿Por qué resignarse a recibirla de algunos pueblos creadores de ella y no ambicionar conrearla con ellos, poniendo también en ella los matices peculiares de la propia personalidad étnica? La “nacionalización de la ciencia” que se entraña en la labor propugnada, es parte, y principal, de la serie de ideas expuestas en las dos oraciones que debieran servir de guía siempre presente a la marcha histórica de las Universidades de los países de lengua española: el discurso inaugural de la Universidad de Chile pronunciado por D. Andrés Bello y el discurso inaugural de la restablecida Universidad de México pronunciado por D. Justo Sierra, dos de los mayores maestros de toda la América hispánica, émulos de los mayores de la sajona.

El punto cardinal de las relaciones entre la Universidad y la política se ha tratado hasta aquí por el lado de las relaciones de la Universidad con la política nacional de fuera de ella, por decirlo así. Hay que tratarlo ahora por el lado de las relaciones de la Universidad con la política de dentro de ella, para decirlo con ex-

presión paralela; con la política en la organización y funcionamiento internos de la Universidad misma, que es el punto anejo al anterior.

Lo decisivo en este punto es percatarse de que se trata de un caso más, salvo en ser singularmente pernicioso, de la confusión y extralimitación de los conceptos políticos que es cíclicamente causa y efecto de la confusión y las extralimitaciones, de las convulsiones y catástrofes, de la crisis de la vida toda de la Humanidad desde la primera Guerra Mundial.

Los dos conceptos capitales de la vida política de Occidente, y no sólo de Occidente, desde principios del siglo pasado hasta la fecha del presente, los conceptos de liberalismo y democracia, quizá prevaleciente el primero sobre el segundo en el siglo pasado y el segundo sobre el primero en el presente siglo, se encuentran actualmente en un estado de confusión que acarrea las extralimitaciones más dañosas del segundo.

Recordando una página de lucidez y dilucidación ejemplares, de las "Ideas de los castillos" en un tomo de *El Espectador* de Ortega y Gasset, hay que decir que la democracia es una respuesta a la cuestión "¿quién debe mandar en el Estado?" y el liberalismo una respuesta a

la cuestión “¿cómo debe mandar quienquiera que deba hacerlo en el Estado?” Las respuestas a la primera cuestión pueden ser: uno, algunos, los más. Democracia es el concepto que compendia esta última respuesta. Las respuestas a la segunda cuestión pueden ser: oprimiendo a todos los demás o a la minoría, o respetando sus libertades, de conciencia, de expresión, etc. Liberalismo es el concepto que compendia esta segunda respuesta. Es fácil ver que las tres respuestas a la primera cuestión y las dos a la segunda pueden cruzarse en todas las combinaciones posibles: son posibles y han sido reales el monarca liberal y las democracias opresoras de las minorías, como el nazismo y el peronismo. Ahora bien, el liberalismo es la incorporación de un valor-fin, el de la personalidad individual del ser humano, mientras que la democracia no es sino un medio de alcanzar tal fin o realizar tal valor, quizá por lo regular más seguro que la monarquía o la oligarquía, pero en modo alguno absolutamente seguro ni único, como bastarían a probar los dos recientes casos históricos nombrados al final de la cláusula anterior. Lo importante no es, pues, tanto quien mande, cuanto cómo mande quien mande, y no sólo tiene sentido, sino que puede ser hasta

un imperativo de moral política, preferir un “déspota” lo suficientemente “ilustrado” para ser liberal a una democracia opresora de las minorías. O bien: puesto que democracia y liberalismo están tan lejos de identificarse —aunque así sea para el confuso pensamiento político más generalizado—, que pueden llegar incluso al conflicto, en el caso de éste debe preferirse a la democracia el liberalismo. Hasta el punto de que éste tiene a su vez el deber de defenderse contra sus enemigos en forma en que no ha podido saberlo, de donde lo repetidamente pasajero de sus regímenes. El liberalismo no *debe* ser liberal con sus enemigos, aunque únicamente contra ellos; debe emplear la fuerza contra quienesquiera la empleen para acabar con él; debe, incluso, eliminar, *a limine*, declarándolos fuera de la ley, a quienesquiera no se sujeten de hecho, y hasta en idea y expresión, al principio de no admitir más modificaciones constitucionales que las logradas por las vías fijadas constitucionalmente y de no admitir, ni siquiera lograda por tales vías, una modificación constitucional que cierre el paso por tales vías a toda ulterior modificación constitucional.

El liberalismo incorpora un valor tan humano y es, como consecuencia, tan ampliamente

humano él mismo, que el concepto de él no es un concepto específicamente político, sino un concepto capaz de extenderse sin extralimitación a la ordenación de toda convivencia humana. Pero no así el concepto de democracia. Este sí es un concepto específicamente político, cuya extensión ya a las instituciones mismas no específicamente políticas del Estado democrático es la literal extralimitación que ponen en evidencia sus absurdas consecuencias. Las instituciones no específicamente políticas del Estado democrático no pueden estar organizadas democráticamente, esto es, gobernadas o dirigidas por los más de sus miembros, so pena de no funcionar sino desastrosamente; deben estar dirigidas o gobernadas por aquellos de sus miembros que sean los más calificados bajo el punto de vista de lo específico de la institución. El ejército de un país que llevase la democracia hasta el extremo de que las operaciones tácticas de su ejército debiesen decidirse por el voto mayoritario de todos los que hubiesen de tomar parte en ellas, no conocería más que derrotas. El ejército del país más democrático no puede ser mandado más que como el del país más autocrático: del general en jefe para abajo. Y estaría por ver que el nombramiento del general

en jefe debiera efectuarse electoralmente, ni por todos los ciudadanos del país, ni por todos los miembros del ejército, sino por órganos más competentes militarmente. Pues, análogamente, la Universidad de un país democrático no puede estar organizada democráticamente, si por esto se entiende estar supeditado todo su funcionamiento, desde la elección de autoridades académicas hasta los planes de estudios, el empleo de métodos y las pruebas de suficiencia, a procedimientos electorales y votos mayoritarios, directos o representativos, del cuerpo o los cuerpos integrados por profesores e investigadores, estudiantes y hasta funcionarios administrativos, empleados subalternos y trabajadores manuales; la Universidad es por esencia y esencial destino y misión la Casa de la Ciencia, de la *scientia*, o del *scire*, del Saber, y no puede estar regida sino por los que ya sepan, y aun por los que más y mejor sepan, que no pueden ser sino los profesores e investigadores de mayor o mejor reputación estrictamente científica o académica; que no pueden ser los estudiantes, que por definición son los que van a estudiar por no saber, con la única excepción de los mejor calificados del último año; para no decir nada de la imposibilidad de que lo sea el restante personal

aludido. Éste y el estudiantado deben tener voz, pero no voto, en ninguna cuestión cuya resolución requiera saber lo que no pueden saber más que los investigadores y profesores de la reputación antes señalada. Porque ni siquiera un profesor novato o un investigador incipiente será competente para decidir con conocimiento de causa acerca de cuestiones vinculadas a las entrañas más recónditas y vitales de la experiencia docente o de la investigación científica. No hay que tenerles miedo a los fantasmas, ni a las palabras cuando son fantasmales: la Universidad es quizá la institución más predestinada por su natural esencia a la encarnación del régimen oligárquico de la más genuina y respetable de las aristocracias. Tan sólo la oligarquía que la gobierne debe ejercer su poder con el liberalismo a que la obliga justamente su genuinidad y respetabilidad, incluyendo la defensa del propio liberalismo en los términos antes apuntados.²

² En ellos se encontraría la raíz justificativa de la tesis defendida en la reunión mencionada en la nota inicial de este artículo: si el mérito político no es mérito universitario, el demérito político sí es demérito universitario, con tal de no entender por demérito político la sola discrepancia de ideas y la expresión de ellas. Puede corroborarse la tesis con el siguiente caso, hipotético y drástico, pero concluyente: ni siquiera la santidad por sí sola sería mérito suficiente para ser nombrado profesor de Ética, pero la criminalidad por sí sola es demérito más que suficiente

Mas contra todo lo anterior se alza la voz altisonante y multiaplaudida de la *neogogia*. Permítase llamar así a aquella forma de la demagogia que practica sus artes de seducción y extravío sobre la juventud como predilecta favorita. Neogogo es todo aquel que se dirige a la juventud, no para encauzar debidamente a los jóvenes individuos, lo que exige frecuentemente la verdad mortificante y la reprimenda, sino para adular a las masas juveniles y azuzarlas hacia los fines propios del neogogo, que por el solo hecho de no presentarse como lo que son, son bastardos. Naturalmente, no hay forma más repugnante ni perniciosa de la demagogia que la neogogia, por lo que tiene de eficacia operante sobre los inermes por inexperiencia de la vida. Así se ha llegado a crear en torno al estudiante, universitario y no universitario, y, sobre todo, en él mismo, el mito de ser un grupo social de elección, por su idealismo, generosidad, heroísmo y —sabiduría. Pero no es cosa de re-

para ser destituido del profesorado en general. Y tales eliminaciones pueden entrañar la retroactividad que se dice no deben tener las leyes penales sino en favor de condenados y reos, pero que es de la esencia del poder constituyente, como es el revolucionario, al ser de la esencia de tal poder asentar el nuevo régimen legal sobre bases inexpugnables por ninguna reliquia del régimen que ilegalmente dio al traste con el legal anterior.

chazar en bloque el mito, sino, una vez más, de distinguir. Ciertamente que el joven, frecuentemente no comprometido aún por los intereses creados por el curso de la vida, suele tener el correlativo desinterés ante muchas cuestiones de la privada y de la pública, que le lleva hasta el heroísmo de jugarse la vida física por causas generosas de desinterés privado e interés público. Pero no menos cierto que incluso estas mismas virtudes, y no sólo su forzosa falta de experiencia y de saber, le hacen la más fácil de las presas para los fautores de las empresas más desatinadas y desastrosas. ¿Por qué no recordar el papel, *ab initio*, de las juventudes fascistas, nacionalsocialistas y falangistas? No. La juventud en cuanto tal no está más inspirada o ungida por el Espíritu Santo que la edad madura o la senectud también en cuanto tales. No se le presta, pues, un servicio, sino que se la pone a un servicio, en la mayoría de los casos en que en vez de musitarle verdades ácidas, pero estimulantes, se le gritan falsedades o hipocresías, en brillante apariencias exultantes, en realidad de verdad estupefacientes y criminógenas. Y lo más notable y aprovechable de todo esto es que aquellas no negadas, por innegables, virtudes de la juventud, también la mueven a descubrir en el juez im-

parcial al verdadero amigo y guía y a poner en él una confianza que ya quisiera para sí como éxito el más pintado de los neogogos.

No hay —para concluir ya— por qué temer ni deplorar que cese la bella tradición, de salud pública, de que el estudiantado universitario derribe heroicamente las dictaduras. ¿Qué se quiere? ¿Que se reiteren periódicamente las dictaduras, por darse el gusto de conservar tan bella y saludable tradición? ¿O que jamás vuelvan las dictaduras, aunque la tradición, naturalmente, cese, y el estudiantado se encuentre ceñido a acciones quizá no menos fecundas ni gloriosas para la historia nacional?

Las luchas por la libertad son realmente luchas propias de la juventud, individual y colectiva; pasada ésta y lograda aquélla, no cesan, empero, las luchas, condenación y dignidad del hombre: empiezan las propias de la madurez, las luchas por la grandeza, del individuo y de la patria. Por la libertad a la grandeza, he aquí el lema, para un pueblo, para sus individuos, para su Universidad.

ALMA MATER. ELOGIO CONDICIONAL
DE LA CULTURA, LA CIENCIA
Y LA UNIVERSIDAD

NI SIQUIERA la cultura, la ciencia y la Universidad pueden elogiarse *incondicionalmente*.¹ Y la razón no radica en nada menos que en la naturaleza misma del hombre.

Entre todos los seres, infrahumanos y sobre-humanos, es el hombre el único cuya naturaleza tiene una peculiar dualidad. Ni la piedra, ni el astro, ni el vegetal ni el animal, pero tampoco los espíritus puros, sin exceptuar a Dios, antes bien contando superlativamente a Éste, son susceptibles de la dualidad del bien y del mal. Estos conceptos no tienen ni siquiera sentido aplicados propiamente a los seres inanimados, ni a los vivos inferiores al hombre. Pero los "condenados" lo están precisamente al eterno castigo de su irrectificable maldad, y los "bienaventurados", no pueden dejar ya de gozar por los siglos de los siglos la bondad entra-

¹ 1948. Inédito.

ñada en su gloria. En cuanto a Dios, es uno de los atributos bajo los cuales no puede menos de concebir la razón humana la pura presencia de su simplicidad, su Bondad infinita y exclusiva. En cambio, el hombre . . . no sólo cada individuo humano está partido desde la raíz de su ser en las posibilidades de lo bueno y lo malo, entre las cuales es el desenvolvimiento de este ser, la vida, una lucha o agonía mortal, sino que la misma partición y lucha transe toda acción y obra colectiva del hombre, toda gesta y creación de la Humanidad.

De la cultura no hay que decirlo en especial, puesto que por ella se entiende el conjunto de las acciones y obras, de las gestas y creaciones acabadas de mentar.

Mas la ciencia no es simplemente instrumento posible de las más benéficas como de las más maléficas aplicaciones, de lo cual nos ha provisto con los más convincentes ejemplos el espectáculo de nuestra vida contemporánea, con sus paradójicos esfuerzos en pro del bienestar, de la salud y del *confort* y despliegues de energía para mantener a masas enteras de humanos en mísera posición social y económica y hasta para aniquilarlas sin hacer acepción de debilidades merecedoras de indulgencia, ya que no de soco-

rró, ni de valías dignas de estímulo o, cuando menos, de respeto. La ciencia puede ser, es de hecho, en su inspiración y en su espíritu mismos, buena, bondadosa, cuando, como pudiera creerse, pero con error, que es siempre, mana de la curiosidad noble, del amor por la contemplación, pero también perversa cuando, sin duda mucho más frecuentemente de lo que es sóbito pensar, brota de la voluntad de poder, del impulso de dominación, ya sobre muchas cosas sin vida, no se diga sobre vivientes como los humanos.

La Universidad — la universidad de los que hacen profesión de fe y vida de las disciplinas que integran la universidad del saber, la Universidad ha sido en sus momentos históricos más gloriosos órgano de progreso y de emancipación espiritual, pero tampoco ha dejado de ser, durante etapas enteras de su historia, rémora del avance y cárcel de la libertad del espíritu.

Pero — ¿y esta dualidad misma del hombre y de todo lo humano? ¿No será la excelencia por excelencia, permítase la redundancia, del ser humano entre todos los demás seres, infrahumanos y aun sobrehumanos? ¿Trocáramos nuestra dual condición por la inmutablemente neutra de la roca o la estrella, de la planta, del tigre en

quien figuramos sólo antropomórficamente la crueldad, del perro en quien significamos sólo de la misma manera la fidelidad? ¿Trocáramos nuestra dual condición ni siquiera por la bienaventuranza, ni siquiera incluso, por la divinidad — si hubiéramos de ser bienaventurados e incluso dioses sin haber sido hombres; si no hubiésemos de conocer, como el varón conoce mujer, por identificación en la posesión, este *libre poder* ser generosos, magnánimos, amantes desinteresados, porque también *libremente podemos* ser mezquinos, pusilánimes, egoístas contables de la libidine y la amistad? . . . ¿Consentiríamos en no poder ser sino bienaventurados, incluso dioses, por fuerza de una esencia únicamente, inmutablemente “conocida” *ab initio*? . .

Sin una dualidad, por lo menos, de posibilidades, no es concebible posibilidad alguna; sin una doble posibilidad, por lo menos también, no sería dable la libertad; y sin que una de las posibilidades requeridas, implicadas por la libertad fuese la del bien, tampoco sería simplemente posible estimar en definitiva la libertad. Pero puesto que libremente podemos hacer el bien o el mal, ser buenos o malos desde la raíz misma de nuestro ser, podemos sentir la ufanía de nuestra humana naturaleza.

Con esta condición, es posible asimismo elogiar la cultura, la ciencia y la Universidad. Elogiaremos, en efecto, en las del pasado aquello que estimemos bueno — desde el punto de vista de los bienes que, sobre todo, nos propongamos realizar en el futuro. Porque tienen los bienes la peculiaridad, más que de ahincar en nuestro presente como realizaciones acabadas, de alzarse sobre el horizonte del futuro de nuestras vidas individuales y de la colectiva historia humana como ideales que nos atraen con una renovación incesante; y de lo pasado sólo podemos estimar bueno aquello que nos parece haber contribuído a que nos encontremos en situación de disputar y perseguir como bienes e ideales los que movilizan hacia ellos la diversidad de nuestras potencias. Mas si, por incesante que sea su renovación, hay una continuidad, una unidad en lo que entendemos por hombre y humano, como no puede menos de haberla, ya que de otra suerte no podría tratarse sino de distintas especies equívocamente designadas por dichos términos; si es así, si hay una naturaleza humana, la constituída por la dualidad de la libertad hacia el bien, elogiaremos, en suma, pero tan sólo, una cultura, una ciencia y una Universidad que hayan sido y sigan siendo realización e ideal de esa libertad.

Cultura de la libertad hacia el bien fue la original cultura griega, progenitora de toda la nuestra occidental, porque su originalidad consistió, radicalmente, en liberar al hombre de la dominación social y mental del mito, que ungía de tradicionalidad al *basileus* y al *theós*, para franquear al mismo hombre la dirección de su vida política por la razón, esencia, conculcable, sola auténtica, de la democracia, y su relación con la divinidad también por la razón, en la teología en que culminó, con la filosofía, aquella cultura. De la libertad hacia el bien fue igualmente la cristiana, que liberó al hombre de la radical limitación de la pagana, el culto de lo justo sin universal fraternidad, sin caridad, y que logró su plenitud en la organización de la ecumene occidental entera como Cristiandad por aquellos siglos en que con la espontánea simultaneidad de una primavera se abrieron, entre otras flores preñadas de fruto, las catedrales de piedra y cristal y esas otras catedrales de tan sólida arquitectura que nos han vivido menos hasta nuestros días y de tan abiertas luces que no prometen tampoco menos pervivir por los venideros — las Universidades. Cultura de la libertad hacia el bien fue, desde el Renacimiento con que ciframos su orto, la moderna, con su crea-

ción más característica, la nueva ciencia, que liberó no sólo a la razón de la sumisión a autoridades de amplitud injustificada, sino a la caridad misma de la sujeción a estrecheces hasta entonces no dilatadas. ¡Y que, tras de los dolores tan intensa y extensamente concentrados y derramados, sin paradoja, por el cuerpo de la Humanidad en nuestros días, y que no pueden ser sino prenuncios de parto, ojalá sea lo que éste alumbre una nueva cultura de la libertad hacia el bien!

Mas la dualidad de la libertad no encarna igualmente en todos los sectores de la cultura. Menos en los materiales que en los espirituales, porque la dualidad del bien y del mal y la libertad son originalmente propias del espíritu, que las imprime en la materia de que se sirve. Ahora bien, la ciencia es la obra eminente de lo que ha movido, con fundamento, a definir al hombre como animal racional, no, pues, por su espíritu en general, sino por la razón y el cultivo y transmisión de la ciencia es la incumbencia primaria de la Universidad, lo que destaca a ésta como aquella creación de la cultura cuya venerada misión es la de ser arquetípico centro, motor de la libertad hacia el bien. Pero en el cumplimiento de esta misión no hay que

entender la razón ni la ciencia en el estrecho sentido en que entenderla ha venido siendo tradición todavía más vigente de lo debido. Ni la razón se reduce a la razón pura, ni la ciencia a aquellas en que se suele pensar exclusiva, o por lo menos preferentemente, cuando se la mienta así, en singular: las exactas y naturales. La razón no es menos que la pura la de las razones del corazón que la pura no conoce; ni tienen menos justos títulos que las exactas y naturales a representar la ciencia las llamadas humanidades y ciencias humanas; y hasta pudieran éstas reclamar para sí el ser ellas quienes diesen a la razón por la que se define al hombre su sentido más propio, como sugiere el que a ellas solas se dé, y quepa dar, el nombre de humanidades. En todo caso, a ellas compete específica y eminentemente el conocimiento y la realización de la libertad hacia el bien: porque saber de bienes y males, y mover a amar y procurar los unos y odiar y repeler los otros, no es cosa de la razón pura, más de las razones del corazón que no son puramente teóricas, por su propia naturaleza, antes esta misma las lanza y dirige hacia la ejecución y la eficacia. Nuestros días lo son, según patético consentimiento universal, de crisis no parangonable con otras que

con las más agudas y acerbas padecidas por Occidente: la de aquellos primeros siglos medievales desquiciados por la invasión de los bárbaros, la de aquellos primeros siglos modernos en que las guerras de religión desolaron a Europa. Pues bien, la sinrazón —que indecible se hace dejarse llevar aquí de los hábitos del lenguaje y del pensamiento y llamarla razón—, la sinrazón más profunda y decisiva de la crisis actual está en el hecho de que los bienes del pasado han dejado en gran parte de ser auténticamente presentes, verazmente atractivos, creídos con fe viva y solicitados con celo eficiente, y los sin duda llamados a sustituirlos en esa parte aún no se perfilan con nitidez operante en un futuro inmediato. Mas si con operante nitidez han de perfilarse en un futuro más o menos lejano; y el cobrar así su perfil no ha de ser sino el logro de la reiteración, una vez más, de la libertad hacia el bien; y esta reiteración es, como fundadamente parece, superior a las capacidades de cualquier individuo, por genial o heroico que se le suponga, ¿qué colectividad hay a la vista, dentro de todo el campo de las humanas, a la que confiar la enorme y delicada tarea, y en la que confiar la lleve a cabo, no ya mejor que la Universidad, sino que

no sea la Universidad? Con tal que ella interprete su incumbencia de cultivar y transmitir la ciencia como debiendo consistir muy principalmente en auscultar el latido de las razones del corazón contemporáneo — que esta sola auscultación bastará, según lo antes dicho, para que el latido llegue hasta los pulsos de un cuerpo viviente, erecto y en marcha. Con tal, pues, que no se estreche a ser investigadora e instructiva, sino que se ensanche hasta tornarse educativa de sus miembros, y por ejemplo, acción, contagio de éstos, de todos los de la sociedad. Sólo por prometer esta esperanza, aun cuando hubiera de quedarse a distancia de su cumplimiento colmado, merece la Universidad el más subido de los elogios.

Alma mater se viene secularmente llamando a la Universidad. No *alma maternal*, según entienden incluso personas cultas, pero cuya cultura delata, por malaventura, la declinación de la clásica; sino *nutricia* y *noble madre*, que es el genuino significado de la denominación. Noble —¿por qué? Nutricia— ¿de quién? Noble, porque se la concibe y se la postula incorporación de la nobleza peculiar del hombre, su condición de ser potente, lo mismo que para el mal, para el bien, su condición de ente libre, de úni-

co ente libre entre todos los que le rodean por abajo y por arriba. Nutricia, sin duda de sus hijos, pero es claro que éstos no son sus alumnos o alimentados en la materialidad de sus cuerpos, ni siquiera en sus espíritus sino en cuanto acrediten una filiación con la dicha esencial nobleza sin ninguna contaminación espuria. La Universidad degenera, en sus hijos, cuanta vez se cierra a la libertad hacia el bien; cuanta vez se desvía del bien, aunque sea para conservar la libertad, como cuanta vez reniega de la libertad, aunque sea en persecución del bien. Ni bien impuesto, forzoso, ni libertad malvada y maléfica. Su nobleza la obliga a pugnar —y a ser paradigma de ello para el resto de la sociedad— por *la libertad hacia el bien*. Y por eso estas palabras, mejor que otras algunas, compendian como lema el programa de vida y acción a que debe ser incommoviblemente leal, por consenso espontáneo y recto, entusiasta y corajudo, de sus maestros y discípulos, toda auténtica Universidad.

The first thing I noticed when I stepped out of the car was the cold, crisp air. It was a relief after the warm, humid weather of the city. I walked towards the entrance of the building, my eyes scanning the surroundings. The architecture was a mix of modern and traditional styles, with large windows and ornate details. I felt a sense of anticipation as I approached the door. The door was slightly ajar, and I pushed it open. Inside, the room was dimly lit, with a soft glow from a lamp on a table. I walked towards the light, my heart racing. A person was sitting at the table, their back to me. I stood still for a moment, watching their movements. They seemed to be in deep thought, their hand resting on their chin. I took a step forward, my shadow cast on the wall behind me. The person turned around, their eyes meeting mine. There was a moment of silence, a connection between us. I spoke, my voice soft and steady. They listened, their expression changing. I continued, my words flowing out. They nodded, their head tilted slightly. I felt a sense of accomplishment, a weight lifted from my shoulders. The room seemed to breathe with us, the air thick with emotion. I looked at the person, their face a mask of mystery. I wanted to know more, to understand who they were and what they were doing there. I took another step forward, my hand reaching out. They reached out too, their fingers brushing against mine. A spark of energy passed between us, a spark that lit the room. I pulled my hand back, my heart pounding. They looked at me, their eyes searching. I met their gaze, my expression firm. I spoke again, my words clear and direct. They listened, their body language open and receptive. I felt a sense of peace, a calm that I had never experienced before. The room seemed to hold its breath, the air still and quiet. I looked at the person, their face a mask of mystery. I wanted to know more, to understand who they were and what they were doing there. I took another step forward, my hand reaching out. They reached out too, their fingers brushing against mine. A spark of energy passed between us, a spark that lit the room. I pulled my hand back, my heart pounding. They looked at me, their eyes searching. I met their gaze, my expression firm. I spoke again, my words clear and direct. They listened, their body language open and receptive. I felt a sense of peace, a calm that I had never experienced before.

LA SIGNIFICACIÓN DE UN COLEGIO
BILINGÜE E INTERNACIONAL

I¹

ESTAS solemnidades deben ser ocasión para que el Colegio cobre creciente conciencia de sí mismo y difunda, también crecientemente, esta conciencia en torno suyo. La actividad, en efecto, de una institución destinada a cultivar y fomentar el conocimiento no debe ser rutinaria, sino dirigida por la más cabal conciencia posible de sí misma. Pues bien, quizá el rasgo fundamental entre los distintivos del Colegio sea aquel sobre el cual voy a permitirme llamar, con toda brevedad, la atención de los presentes. Por lo demás, no deja de ser natural que quien llame la atención sobre él sea alguien que represente a los miembros del Colegio cuya lengua es aquella en que me estoy expresando. Tal rasgo es

¹ Palabras en la ceremonia de graduación de alumnos del Mexico City College en 16 de junio de 1948. Inéditas.

el internacional que tiene constitutivamente esta institución.

Las instituciones de carácter internacional vienen multiplicándose en nuestros días. Es, sin duda, una manifestación más de la progresiva unificación del mundo que parece ineluctable ley de la historia. Pero esta unificación resulta de signo bueno o malo según el espíritu que la anima. Es ya un lugar común la idea de que el acercamiento entre los pueblos favorece su mutua comprensión y ésta a su vez la paz entre ellos. Ahora bien, la paz es el afán más imperioso de los hombres cuando su belicosidad ha hecho superlativos los males y dolores inherentes a la finitud humana y los amenaza con males y dolores aún más superlativos — si es que el superlativo admite aumento de grado. Por eso se puede hoy tener el afán de paz por real, pese a la estruendosa agitación de palabras y actos con que, bajo faz de procurar satisfacerlo, se persigue antes bien perversamente sofocarlo, anularlo. La idea de que el acercamiento entre los pueblos favorece su mutua comprensión y ésta a su vez la paz entre ellos, es, sin embargo, una idea sumamente problemática. Los conflictos no surgen precisamente menos entre los más cercanos que entre los más

lejanos. Ni la comprensión es obra sino de la voluntad de comprender. Frecuentemente se disimula bajo los términos de acercamiento y comprensión, y hasta bajo el de paz, la decisión de unificar en el sentido de acercar a los demás a uno mismo, de identificar a los demás consigo mismo, de dominar y someter a los demás, en vez de acercarse uno a los demás, de identificarse con ellos, dejándolos ser *ellos* libremente, no se diga promoviendo su peculiar personalidad individual y colectiva. Una unificación animada por este espíritu es un terrible peligro suspenso sobre la rica variedad de lo real. La única unificación verdaderamente apetecible es, pues, la que proceda animada por el espíritu, no sólo de respetar, sino de estimular la variada riqueza de la realidad, para enriquecerse uno mismo mediante la identificación con ella y el consiguiente ensanchamiento de la propia personalidad, hasta donde lo consienten los límites irrebasables de ésta. Tal es la esencia más profunda e imperativa del espíritu liberal.

Este Colegio quiere ser, y es sin disputa, una incorporación ejemplar del internacionalismo animado por este espíritu liberal. Apelo al testimonio de los graduados en esta ceremonia, como representantes por excelencia en esta co-

yuntura del alumnado del Colegio. Estoy seguro de que si hacen ustedes un examen de conciencia a la luz de los pensamientos que acabo de insinuar, concluirán que se reconocen ensanchados, enriquecidos por cuanto han asimilado de la cultura, de la vida, de la personalidad de estos pueblos americanos de lengua española, habiéndose acercado a ellos por intermedio de esta institución con espíritu de comprensión liberal. Habrán ustedes comprendido, para referirme sólo a lo fundamental, que estos pueblos tienen un sentido de la vida sumamente, por no decir radicalmente diverso del sentido de la vida que tiene el gran pueblo americano de lengua inglesa. Y habrán comprendido, incluso, que el sentido de la vida que tienen estos pueblos no deja de tener sentido, es un verdadero sentido . . . Permítanme todos poner un ejemplo cuya apariencia de particular es, como no insólito, significativa de una general sustancialidad. De más de uno de los alumnos del Colegio sé que preferiría seguir viviendo aquí, en México, que regresar, por ahora al menos, a su país. Alguno de ellos me declaró el motivo decisivo: su predilección por la vida más lenta, más fácil, con más tiempo para desinteresadas ocupaciones gratas, que había descubierto aquí,

sobre la vida rauda y dura, con menos posibilidades de ocios nobles, que, según él mismo, sería casi forzoso llevar allá. Algunos, al menos, de ustedes no se han contentado, pues, con *comprender* la vida de aquí, si por “comprender” hubiera de entenderse solamente el *conocer*, sin *aprobar* ni *participar*: han avanzado hasta desear conocer la vida de aquí como, según la expresión bíblica, el varón “conoce” mujer, haciéndose con ella uno por amor. Es el triunfo máximo del espíritu liberal.

Pero creo poder apelar asimismo al testimonio del profesorado del Colegio. De mí sé decir que, leyendo, por ejemplo, las observaciones que estudiantes procedentes de los más varios Estados de la Unión Norteamericana han escrito sobre las publicadas acerca de esta Unión por algunos de los más grandes pensadores hispano-americanos, he comprendido qué conciencia nacional está en el gran país del Norte en desarrollo y marcha hacia ideales cuya realización ojalá no frustre, ni siquiera desvíe y retarde con exceso, la interferencia de los espíritus malos de la historia. Mas qué digo *leyendo*. Viendo sencillamente los rostros con que escuchan mis oyentes la exposición de ciertos hechos de la historia del espíritu en estos países, de ciertas

maneras de pensar caras a sus intelectuales, he comprendido por mi parte las limitaciones que hacen flaca toda personalidad humana, y he sentido el vivo anhelo de engrosar la mía, superándolas, y de que, superándolas también, engrosasen igualmente la suya mis auditores. Estoy seguro, por segunda vez, de que mis compañeros de docencia reconocen hacer a diario experiencias semejantes.

Por todo lo que acabo de apuntar, creo poder concluir con una nota tan optimista como fundada. Si el afán de paz a que me refería es efectivamente real, y las consideraciones que a continuación he sugerido, más que desarrollado, son correctas, una institución como este Colegio responde a la necesidad más radical y urgente de nuestros días. Tiene, en suma, por delante el más prometedor horizonte de vida.

II²

Con la venia de su excelencia, el señor embajador de los Estados Unidos, que nos preside, voy a dirigir estas palabras especialmente a vuestra magnificencia, señor rector de la Universidad Nacional de México. El Colegio, en efecto, me ha honrado con el encargo de saludarle, dándole la más cordial bienvenida a este acto, y de expresarle el agradecimiento y la satisfacción tan sinceros como vivos que siente por su asistencia.

Es que, señor rector, el Colegio encuentra en vuestra presencia aquí una señal singularmente significativa del progresivo logro de los idea-

² Palabras en la ceremonia de graduación de alumnos del Mexico City College en 9 de junio de 1950, publicadas en *Universidad de México*, número 44, agosto de 1950.



les que movieron a su fundación y vienen impulsando y dirigiendo su funcionamiento. A primera vista puede parecer que esta institución sea exclusivamente un órgano de penetración de la cultura norteamericana en la mexicana; para una visión más penetrante es, sí, tal órgano, pero en modo alguno exclusivamente, porque es, por lo menos en la misma medida, órgano de penetración de la cultura mexicana en la norteamericana. Quienes conocemos la institución por la íntima experiencia de compartir su vida diaria, sabemos que para muchos alumnos del Colegio, si no para todos, el Colegio representa, primero, el descubrimiento de un mundo lo bastante diferente de aquel de que proceden para que el descubrimiento sea una sorpresa; luego, un reconocimiento del sentido positivo de los valores de este mundo; y, como consecuencia de este reconocimiento, finalmente, una conquista no *de* este mundo, sino *por* este mundo, conquista que no ha sido precisamente insólito se manifieste en la inequívoca voluntad de prolongar la estancia en el país, si no de arraigar en su tierra. Quiere decirse que los alumnos del Colegio vienen a hacer en conjunto la misma profunda y fecunda experiencia histórica que un eminente intelectual mexicano ha llamado, por

referencia a Las Casas, "el conquistador conquistado", y que los españoles venimos haciendo desde el arribo a estos suelos y cielos de los primeros hasta el de los últimos. Este Colegio es, en suma, órgano de compenetración de las dos mayores culturas de este continente, lo que en el día de hoy tienta a decir de las dos mayores culturas del día de mañana.

Pero el Colegio quisiera, señor rector, sustraerse a peligrosas ilusiones. No toda compenetración de culturas, de pueblos, de individuos humanos, en valiosa y por ello apetecible. Es ilusión, por su falta de fundamento, y peligrosa, por sus consecuencias, la creencia, tan difundida, de que el mutuo conocimiento es garantía de convivencia pacífica y progresiva. Si los pueblos se conociesen mejor, se dice y se repite, se comprenderían mejor, y se respetarían, se estimarían y ayudarían recíprocamente. Mas parece que por muy bien que pueblos extranjeros entre sí lleguen a conocerse y comprenderse, nunca su recíproco conocimiento y comprensión será tan auténtico y perfecto como el que tienen unos de otros los miembros de un mismo pueblo — y sin embargo, son los miembros de un mismo pueblo quienes se hacen las más encarnizadas de todas las guerras, guerras civiles, y

quizá se las hacen por conocerse y comprenderse unos a otros tanto y tan bien como se conocen y comprenden. No, no es, pues, el mero *conocimiento* mutuo la garantía de una penetración valiosa y apetecible, ni entre individuos, ni entre pueblos y culturas. Pero si no lo es el conocimiento, ¿qué podrá serlo?

Una determinada *voluntad*. Diga el antropólogo si la más primitiva convivencia humana de que sepa estaba o está o no dominada por el impulso de hostilidad contra el extraño al propio grupo por el simple hecho de serlo o en cuanto extraño. Cada uno de nosotros dirá, por saberlo de propia experiencia, que en muchos de nuestros congéneres se alza un impulso, simplemente mayor o menor y más o menos o nada reprimido según las circunstancias, un impulso de hostilidad contra cualquier otro hombre por el simple hecho de pensar, sentir, creer y querer de diferente manera, por el simple hecho de ser distinto, de ser otro; y un impulso a imponerle por la fuerza el propio pensar y sentir, creer y querer. Pero el historiador dirá que a lo largo de la historia ha venido aumentando, aunque cuán lentamente, con cuántos vaivenes, el número de los hombres en quienes se ha hecho "primer movimiento" uno bien opuesto al an-

terior: un movimiento, emergente de la raíz del propio ser, que por una vertiente es de repugnancia ante la simple idea de imponer al prójimo nada por la fuerza, ni siquiera por la razón, si de *imponer* se trata, y que por la otra vertiente es de complacencia ante el espectáculo de la diversidad de los hombres, de la realidad toda, por consistir en esta diversidad la maravillosa riqueza de la Humanidad y del Universo. No puedo presumir que alguien encuentre impropio llamar a este movimiento la esencia del *liberalismo*. Pues bien, es una voluntad que sólo se mueve así, liberalmente, la única garantía de una compenetración valiosa y apetecible entre individuos, pueblos y culturas.

De semejante voluntad, señor rector, está seguro de hallarse animado el Colegio y de esforzarse por animar a sus alumnos. Seguramente no es inoportuno ni impertinente aprovechar la ocasión de esta ceremonia, para proclamar con la solemnidad que presta a cuanto entra en ella, este a la vez más hondo y más alto ideal y principio de la vida toda del Colegio — y para apuntar su indeclinable consecuencia: que miembros del Colegio no deben aspirar a serlo quienes de antemano no estén *auténticamente* poseídos de semejante voluntad, y con arreglo a la

norma "tolerancia sólo para los tolerantes", que no podrán seguir siéndolo quienes no lleguen a compartirla, no por *imposición* alguna, que por su propia esencia rechaza, sino por contagio simpático de ella y de la intuición y acatamiento de su valor, quizá el sumo entre todos los valores intuídos y acatados por hombres algunos hasta el presente — y aun en todo futuro.

De una compenetración, cuyo espíritu es tal voluntad de libertad, entre las culturas mexicana y norteamericana, cuyo espíritu es el mismo, es sin duda la señal que dije al principio vuestra presencia aquí, señor rector. Por eso nos congratulamos de ella como lo hacemos — seguros, además, de hallarse compartida, no nuestra *gratitud*, que no habría por qué, pero sí nuestro *agradecimiento* en estar juntos, por vuestra magnificencia.

EN TORNO Y COMO ANEJO
A LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

*A la señora Adela Formoso
de Obregón Santacilia, meritísi-
ma fundadora y directora de la
Universidad Femenina de Mé-
xico, en recuerdo de un decenio
de colaboración, con un agrade-
cimiento perduradero.*

CONVERSACIÓN, MATRIMONIO Y DEMOCRACIA ¹

EN LA tradición de estos actos entra el que se dirijan a quienes en ellos acaban solemnemente la vida de estudiantes, vida preparatoria para la vida en su plenitud, unas últimas palabras, sobre el significado de esta preparación. Y ello está muy bien, si es que no se quiere que estos actos se reduzcan a una ceremonia tan ostentosa como vana.

Corrientemente se piensa que a la larga edad de la historia en que la mujer tuvo el matrimonio, ya con un varón, ya con el Esposo Divino, por destino definitivo en este último caso, intermediario para la maternidad en el caso anterior, pero en todos los casos por destino exclu-

¹ Palabras en una ceremonia de graduación de alumnas de la Universidad Femenina de México, publicada en *Reportajes*, periódico de la institución, el 10 de agosto de 1948.

sivo — ha empezado a suceder otra edad en que los destinos de la mujer han empezado también a ser otros. Antes, cuando la mujer estudiaba, sus estudios se reducían a los que se consideraban indispensables para el cumplimiento de sus deberes conyugales y maternos o religiosos, o a lo sumo se extendían a los que se estimaban adecuados para hacerla más grata agregándole ciertos adornos. En la actualidad, las mujeres estudian para ejercer profesiones y para participar en la vida pública. Ya no, pues, el matrimonio, humano o divino, es el puro destino de la mujer, sino que ésta se destina además a la actividad profesional y social y hasta política. Sin embargo, es posible que, ni los nuevos estudios de la mujer dejen de ser una preparación para el matrimonio, divino o humano, ni sea ahora cuando por primera vez se piense en educar a la mujer para participar como debe en la vida pública. Y en prueba de una y otra cosa, voy a recordar y comentar brevemente sendas sentencias de los grandes filósofos.

“El matrimonio es más que nada — una larga conversación”, ha escrito uno de ellos. Esta definición del matrimonio puede parecer a primera vista un tanto extraña, pero en realidad es profunda y exacta.

En todos los seres de este mundo, lo más esencial de su destino es la coexistencia. En los seres vivos, la coexistencia es la convivencia. Los seres de este mundo en general no existen, ni pueden existir, sino por obra de otros y en relaciones mutuas, pero esto es verdad especialmente de los seres vivos. En aquellas clases de seres vivos en que hay dos sexos, la relación entre ambos, la convivencia de ambos, es decididamente capital. Por otra parte, en la convivencia entera de los seres humanos, tiene la mayor importancia la palabra. Clásicamente se viene definiendo al hombre por la razón. Este término, en el lenguaje corriente actual, quiere decir exclusivamente una facultad del alma y los actos de esta facultad; pero primitivamente significó la palabra: el refrán "obras son amores y no buenas razones" afirma, inequívocamente, que el amor se prueba con obras y no tan sólo con buenas palabritas. La clásica definición del hombre por la razón lo define, pues, por la palabra — que es expresión del pensamiento. Pero si el hombre es por su naturaleza el ser que habla, no puede haber nada humano en que la palabra no intervenga. Por intermedio de ella se efectúa primordialmente la convivencia humana. Esta es más que nada una larga conver-

sación, en lo privado como en lo público. Mas si es así, nada tampoco tiene de extraño que la palabra tenga asimismo la mayor importancia en la convivencia de mujeres y varones, cuya forma central socialmente sancionada es el matrimonio.

Éste, como toda la convivencia entre mujeres y varones, debe centrarse, a su vez, en el amor. Ahora bien, la esencia del amor parece estar en un afán de identificación con la persona amada que requiere llevar a cabo un programa de vida en común, de vida común.

Supongamos que una persona se enamora de otra exclusivamente por su linda cara o figura. ¿Qué programa de vida común cabe a base exclusivamente de una linda figura o cara? Sin duda que cabe alguno, pero forzosamente bastante limitado. De todos los programas posibles de vida común entre personas que se aman, el susceptible de mayor amplitud y de mayor duración es el que se basa en la idea de una larga conversación. Pero sostener una larga conversación no está al alcance de cualquiera. Sólo está al alcance de quien se encuentre suficientemente provisto de temas, o de la capacidad de encontrarlos, para renovar la conversación sin decadencia del interés. La educación actual de

la mujer representa en fundamental proporción la posibilidad de que la mujer y el varón convierten en adelante como hasta ahora sólo podían hacerlo los varones entre sí. Por eso no parece que la educación actual de la mujer deje de prepararla para su destino tradicional, el matrimonio divino o humano, sino más bien todo lo contrario: sólo ahora se educa y prepara cabalmente a la mujer para semejante destino. Ya una excepcional y seductora figura femenina de otros tiempos —que por cierto gusta de evocar nuestra Directora—, Sor Juana Inés, había mostrado elocuentemente cómo la universalidad del saber era menester a la perfecta religiosa, esto es, era menester para la perfección del matrimonio con el Esposo Divino. Superfluo mostrar que la cultura actual de la mujer es menester para la perfección del matrimonio con un esposo humano, si tiene razón el filósofo autor de la sentencia recordada o no son desacertadas las consideraciones que acabo de hacer.

Pero queda el otro filósofo con su otra sentencia. Es ésta una que la Universidad Femenina adoptó por lema y que puede reproducirse así: si interesa la democracia, puesto que las mujeres son la mitad de los ciudadanos, hay que educarlas para la democracia. La democracia es

un régimen que se puede caracterizar como un régimen de larga conversación pública. Educar para la democracia sería, pues, educar para esta otra larga conversación. La educación actual de la mujer la educa para este fin en los mismos términos en que para él se educa actualmente al varón. Entre la preparación para la larga conversación privada que sería más que nada el matrimonio y la preparación para la larga conversación pública que sería la democracia, hay, por lo demás, una apretada relación: la democracia es un régimen en que lo privado y lo público están relacionados mucho más apretadamente que en cualquier otro régimen, en que, en vez de participar todos los ciudadanos en la vida pública, ésta se reserva como privilegio a sólo algunos, más o menos, hombres públicos, mientras que todos los demás quedan relegados a su vida privada. Pero entre el régimen político y el matrimonio hay todavía una relación más honda e importante que le interesa a esta Universidad señalar, subrayar.

La organización de la vida pública se hace respondiendo a estas dos preguntas: ¿quién debe mandar? ¿cómo debe mandar el que mande? A la primera pregunta se puede responder diciendo que debe mandar uno, varios, la mayoría. Esta

última respuesta es la de la democracia. A la segunda pregunta no cabe responder cardinalmente sino de dos maneras: atropellando el que mande, sea uno, varios o la mayoría, a los mandados, o respetándolos. Esta última respuesta es la del liberalismo. Quizá estén ustedes de acuerdo conmigo en que la segunda pregunta y las respuestas a ella son más importantes que la primera y las respuestas respectivas. A mí, al menos, no me importa tanto que me mande uno, o me manden varios, o incluso todos los demás, con tal que no me manden atropellándome, sino respetándome. La democracia puede ser el mejor medio, no sólo de permitir, sino de fomentar el desenvolvimiento de la vida humana con libertad, pero ésta es el fin. Acabo de decir “no sólo de permitir, sino de fomentar”: es que el espíritu liberal en su plenitud no consiste sólo en un respetar —a regañadientes, sino en un complacerse en que los demás sean quienes son, diferentes de nosotros y entre sí, esto es, un complacerse en la riqueza de la realidad. Ideas paralelas a éstas son aplicables al matrimonio. Tradicionalmente venía mandando el marido— al menos de derecho, porque de hecho ¡hasta dónde no ha llegado el imperio de la mujer! En la actualidad se está o se va

hacia el co-mando del marido y de la mujer — y hay síntomas de que incluso hacia el mando de la mujer. Pero, quién mande en el matrimonio es sin duda mucho menos importante que: quien mande, lo haga con espíritu plenamente liberal o con un espíritu que no sólo respete al otro, sino que se complazca en que sea quien es. Esta complacencia no se opone al afán de identificación que constituye la esencia del amor, porque esta identificación no consiste en que dos seres diferentes se hagan iguales, sino en que, con todas sus diferencias, se hagan uno, enriqueciéndose así mutuamente. Ninguna conversación perfecta es posible, por otra parte, si alguno de los interlocutores pretende hablar él solo, sino únicamente cuando cada uno deja hablar a los otros, pero sobre todo cuando con lo que cada uno dice estimula a los otros a empujar la conversación hacia delante con nuevos puntos de vista. Ahora bien, la Universidad Femenina, filial singularmente en este punto de la Universidad Nacional, tiene la convicción de que los principios de libre investigación y de libre cátedra que presiden su vida, hacen de ésta una preparación especialmente adecuada para la convivencia pública o privada animada de un espíritu de libertad como aquel cuya índole acaba de apuntar.

Señoritas: si en la medida en que la vida se desenvuelve naturalmente, se es feliz; si lo más natural de la vida es la relación entre los dos sexos que debe centrarse en el amor a través del matrimonio, y éste es una larga conversación; si la naturaleza política de los seres humanos encuentra su realización más perfecta en la democracia, y ésta es también una larga conversación; si, en fin, ambas conversaciones sólo tienen probabilidades de duración, más aún, sólo son verdaderamente posibles, sostenidas por un ánimo de liberal respeto mutuo, de liberal estimulación recíproca — ustedes tienen ante su vista un horizonte de seguras perspectivas de ser felices, gracias a la formación que deben a esta casa. No les parecerá, pues, improcedente que esta casa, al despedirlas con el dejo de tristeza que tienen todas las despedidas, porque en ellas se nos va una porción de nuestras vidas, las despida con la petición con que habitualmente se intenta mitigar esta tristeza, retener algo siquiera de esa porción de la vida que se nos va: la petición de que recuerden siempre esta casa con memoria tan viva, tan efectiva, que les mueva a permanecer con ella en un contacto que a ella le será seguramente grato y beneficioso, que para ustedes puede, al menos, serlo. Y todos los

demás miembros de la dirección de esta casa les pedimos que tal recuerdo se dirija tan singularmente como ella lo merece a la mujer, excepcional también, me atrevo a decirlo en su presencia y todo, a la mujer sin la cual esta Universidad no sólo no se habría fundado, pero tampoco seguiría viviendo con la vida que vive: una vida de superación.

LAS ILUSIONES Y LA MUJER INTERESANTE ²

LA SEÑORA directora de la Universidad me pidió que fuera yo quien, por variar, dirigiera a ustedes unas palabras en este acto. Esta petición empezó por plantearme un problema. ¿Qué podría decir yo a ustedes, que no fuesen unas simples palabras corteses de despedida, ni unos simples lugares comunes de ocasión, sino algo que pudiera resultarles a ustedes interesante ahora y útil más adelante? . . . Pero pronto se me ocurrió que, puesto que este acto es un acto que solemniza el fin de los estudios para algunas de ustedes, y otros actos semejantes solemnizarán el

² Plática de clausura del año académico de 1951 en la Universidad Femenina de México. Inédita.

fin de los estudios para todas las demás, una reflexión sobre lo que significa esto del *fin de los estudios*, podría dar por resultado algunas consideraciones capaces de interesar a ustedes ahora y de serles útiles más adelante.

Y lo primero que se me ocurrió sobre el fin de los estudios, fue que es sin duda un *fin*, pero nada más que de los *estudios*, y aun nada más que de *ciertos* estudios — porque la vida sigue, y los estudios también. El profesionista que no quiere quedar atrasado y resultar desbancado, como se dice, por los nuevos profesionistas, tiene que renovar sus conocimientos profesionales, por lo menos de tiempo en tiempo. Pero se trata de mucho más que de la simple renovación periódica de los conocimientos profesionales. Se trata de lo que un gran pensador y escritor hispanoamericano, el uruguayo José Enrique Rodó, dice tan bien, que debo leer a ustedes sus propias palabras. En su libro *Motivos de Proteo*, que es una especie de admirable guía para la vida, dice Rodó: “Uno de los más funestos errores, entre cuantos puedan viciar nuestra concepción de la existencia, es el que nos la hace figurar dividida en dos partes sucesivas y naturalmente separadas: la una propia para aprender; aquella en que se acumulan las provisiones

del camino y se modelan para siempre las energías que luego han de desplegarse en acción; la otra, en que ya no se aprende ni acumula, sino que está destinada a que invirtamos, en provecho nuestro y de los otros, lo aprendido y acumulado. ¡Cuánto más cierto no es pensar que, así como del campo de batalla, se sale a otra más recia y difícil, que es la vida, así también las puertas de la escuela se abren a otra mayor y más ardua, que es el Mundo!" Así, pues, el fin de los estudios no es nada más que el *fin de ciertos estudios*, porque es la *continuación del aprendizaje* que es nuestra vida desde que nacemos hasta que morimos. Bien; pues, lo que se aprende en la vida desde lo primero que se recuerda hasta el fin de los estudios, ustedes lo saben ya, o pronto lo sabrán, por su propia experiencia. Pero lo que se aprende en la vida desde el fin de los estudios en adelante, ninguna de ustedes lo sabe ya por su propia experiencia, ni puede saberlo en seguida sino sólo por boca de los que lo hayan aprendido por su propia experiencia, por haber vivido bastante desde que finalizaron sus estudios. ¡No les interesaría a ustedes saber desde ahora qué es lo que se aprende en la vida desde el fin de los estudios, según mi propia experiencia, que es la de quien fina-

lizó sus estudios hace, ay, bastante tiempo? Y el saberlo desde ahora ¿no les sería a ustedes útil para el trayecto de la vida que van a recorrer precisamente desde el fin de sus estudios? . . . Como pienso que sí, que les va a resultar interesante y que puede resultarles útil, me he decidido a decirles a ustedes qué es lo que se aprende en la vida desde el fin de los estudios en adelante, según mi propia experiencia. Pero antes de empezar a decírselo, creo conveniente hacer un par de indicaciones.

Es probable que al oírme las palabras “según mi propia experiencia”, hayan pensado que todo lo que pueda decirles va a resultar insuficiente e inadecuado. Insuficiente, porque ¿qué puede representar la experiencia de *una sola* persona, y encima, de una persona *cualquiera*? Si se tratase siquiera de una persona extraordinaria . . . E inadecuado, porque ¿de qué puede servirles la experiencia de un *hombre* a ustedes, que son mujeres? . . . Pero unas brevísimas reflexiones bastarán para hacerles pensar lo contrario. Ante todo, precisamente por tratarse de una persona cualquiera, debemos pensar que esta experiencia se parezca a la de la mayoría de las personas mucho más que la experiencia de una persona extraordinaria, y que por lo mismo pueda ser-

vir a la mayoría de las personas más que la experiencia de las personas extraordinarias. Pero, además, la experiencia de cualquier persona no es experiencia de sí misma exclusivamente, sino también experiencia de otras personas, de aquellas con las que ha convivido y aquellas con las que está conviviendo, entre ellas personas del otro sexo. De otra parte, por muy diferentes que seamos las mujeres y los hombres en muchas cosas, en otras muchas somos tan iguales como no pueden menos de serlo seres de la misma especie. En fin, la experiencia de un hombre puede servirles de más precisamente a mujeres que a otros hombres, pues ¿qué? ¿es que no va a servirles de nada a las mujeres conocer a los hombres, o no más bien todo lo contrario: que nada puede servirles de tanto como conocer a los hombres? — y hace un momento les he indicado cómo por una persona cualquiera se puede conocer precisamente a la mayoría de las personas, lo que implica que por un hombre cualquiera se puede conocer precisamente a la mayoría de los hombres.

Pero lo que puedo decirles en esta plática no puede ser más que lo que cabe en una plática, y como esto es muy poco, tendré que reducirlo exclusivamente a lo más importante de todo lo

que pudiera decirles, a lo verdaderamente *esencial*, para decirlo ya con una sola palabra. Ahora, lo esencial en este caso debe comprender, no sólo lo esencial de lo que se refiere a la vida *en general*, sino *en particular* lo que dentro de esto se refiere especialmente a la mujer.

Se dice que la juventud es la *edad de las pasiones*, pero mucho más es la *edad de las ilusiones*, en el sentido de *hacerse ilusiones*: la juventud consiste muy fundamentalmente en hacerse ilusiones. El hacerse ilusiones consiste, a su vez y en el fondo, en el fondo más profundo, en imaginar o concebir las cosas, las personas, los hechos *reales* como más perfectos de lo que son o como *ideales*, y en no quererlos, en particular a las personas, más que en cuanto así imaginados o concebidos. La joven o el joven enamorados suelen, no sólo imaginar o concebir a la persona de quien están enamorados como perfecta, como una *persona ideal*, según se dice, sino pensar, o cuando menos sentir, que no habrían podido enamorarse de ella, ni podrían seguir enamorados de ella, si no fuese tan perfecta como — la imaginan o conciben; pensando o sintiendo que una persona menos perfecta no merecería el enamoramiento de ellos, o que ellos mismos no merecen menos que una persona tan

perfecta para enamorarse y seguir enamorados de ella. Esto es hacerse ilusiones. Y es hacerse ilusiones, porque la realidad en general *no es* perfecta a ideal, e imaginar o concebir lo real como *no es* es *engañarse* — por lo que vemos que el hacerse ilusiones es una manera de engañarse a sí mismo. Ahora, el engañarse pasa en general por malo, porque suele tener como consecuencias el tropezar contra la verdadera realidad y el experimentar una decepción, el desilusionarse o perder las ilusiones, lo que, cuando llega al extremo de la pérdida de *todas* las ilusiones, produce el tipo del desilusionado o de la persona que ya no cree en nada ni en nadie, ni espera nada de nadie, ni quiere nada ni a nadie, porque lo mismo le da una cosa que otra. Sin embargo, el hacerse ilusiones no es siempre tan malo como parece. En los jóvenes es una necesidad vital, porque los jóvenes no están todavía bastante hechos, bastante *maduros*, para poder resistir la realidad tal cual es, imperfecta, es decir, para poder ver la realidad tan imperfecta como es, y a pesar de ello, no dejar de creer en todo, ni de esperar algo, ni de querer algo o a alguien. Así, por ejemplo, el joven, y la joven, no están bastante maduros para poder querer a una persona, a pesar de ver sus

imperfecciones. Por eso los jóvenes son característicamente *rigoristas*, esto es, muy exigentes e intransigentes o desprovistos de comprensión, tolerancia, indulgencia. Todo ello equivale a no tener lo que se llama *sentido de la realidad*, y esta falta es la razón de que las personas mayores o maduras no deban dejar a los jóvenes hacer todo lo que les dé la gana.

Muy distinto del *hacerse ilusiones* es el *tener ilusiones*. El hacerse ilusiones consistía en imaginar o concebir la realidad como más perfecta de lo que es o como una *realidad ideal*: el tener ilusiones consiste en que, viendo la realidad tan imperfecta o tan poco ideal como es, se tienen *ideales que realizar*. En el hacerse ilusiones, las ilusiones son *realidades idealizadas*: en el tener ilusiones, las ilusiones son *ideales que realizar*. Las realidades idealizadas son *realidades imaginadas o concebidas como ya perfectas*: los ideales que realizar son *proyectos de perfeccionamiento de las realidades aún imperfectas*. Cuando las realidades se imaginan o conciben como ya perfectas, no se hace nada por perfeccionarlas, y al acabar viendo su imperfección, se experimenta decepción, desilusión: cuando las realidades se ven tan imperfectas como son, pero se tienen ideales para perfeccionarlas, se hacen

todos los esfuerzos posibles por perfeccionarlas, y ni siquiera al darse cuenta de que los ideales no pueden realizarse nunca del todo, o que las realidades no pueden perfeccionarse del todo nunca, se experimenta decepción o desilusión, se deja de creer ni de esperar en el perfeccionamiento posible de las realidades, se deja de querer las cosas y los hechos y a las personas, a pesar de sus imperfecciones; al contrario, se los quiere justo porque se los quiere en el sentido de que se quiere que se perfeccionen y ayudarles a perfeccionarse. Que es lo que el principal de los maestros que he tenido, el gran escritor y filósofo español José Ortega y Gasset, dice en una de sus obras, las *Meditaciones del Quijote*, tan bien como lo dice todo, por lo cual debo leer a ustedes por segunda vez las propias palabras del autor: "Hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla, para que logre esa su plenitud. Esto es amor — el amor a la perfección de lo amado." Y este amor es exigente, exige el perfeccionamiento; pero no es intransigente, sino lleno de comprensión, tolerancia, indulgencia para las imperfecciones siempre restantes. En este ver la realidad como es, tener

ideales, querer a las personas y las cosas y los hechos en el sentido de querer que se perfeccionen, y guardar comprensión, tolerancia, indulgencia, para las imperfecciones siempre restantes, consiste el sentido de la realidad en todo el alcance que debe dársele, y por el grado en que tienen este sentido se mide la madurez de las personas. El hacerse ilusiones era vitalmente necesario a los jóvenes, por no estar bastante maduros para poder ver la realidad tan imperfecta como es, y a pesar de ello, no dejar de creer en todo, ni de esperar algo, ni de querer algo o a alguien. El tener ilusiones no es menos necesario vitalmente a las personas maduras: para no conformarse con las imperfecciones de la realidad, sino esforzarse por perfeccionarla. Otro ejemplo, muy de esta ocasión: la verdadera vocación juvenil por una profesión implica una idealización de ésta; el profesionalista verdaderamente maduro ve bien hasta las "lacas de la profesión", como suele decirse, pero sigue ejerciéndola, sólo que no por simple inercia, desmayadamente, sin vocación ya, sino animado por el ideal de corregir las lacas, de perfeccionar la profesión, conservando la vocación incluso depurada y más fervosa. Los animales superiores, a pesar de su superioridad, no andan

más que en cuatro patas, o a lo sumo con cuatro manos: la verdadera superioridad del hombre se expresa en que puede ponerse derecho, *parado*, sobre sus dos pies y levantar sus dos manos del suelo hacia el cielo. Es que del hombre tiran hacia arriba, por decirlo así, sus ideales. He recalcado el "sus", porque los ideales son algo característico del hombre, exclusivo de él — lo mismo que el hacerse ilusiones. Ninguno de los seres inferiores al hombre se hace ilusiones ni tiene ideales, pero tampoco ninguno de los seres superiores al hombre. No hace falta decirlo expresamente de las piedras, ni de los astros; ni de las plantas. Los animales no hacen más que reaccionar instintiva o inteligentemente a la realidad tal cual es para ellos. Pero, por otro lado, los ángeles, y en general los bienaventurados, tampoco se hacen ilusiones ni tienen ideales: no hacen más que contemplar a Dios, que es *la* verdadera realidad. Que Dios mismo no se hace ilusiones, ni tiene ideales, ni puede hacerse las unas ni tener los otros, resulta evidente en cuanto se piensa que lo conoce todo tal cual es, de la manera más exacta, y que su voluntad se realiza instantáneamente, por decirlo así, de la manera más perfecta. En cuanto a los demonios y demás condenados en

el infierno, tampoco se hacen ilusión alguna acerca de su suerte eterna, ni ésta es como para que puedan hacerse ilusiones ni tener ideales de ninguna clase: en este no poder tener ideales ni hacerse ilusiones, principalmente acerca de su suerte, estriba muy fundamentalmente su condenación. El hombre es, pues, un ser singularísimo entre todos los seres: su ser es su vida, y ésta consiste muy esencialmente en pasar de la edad del hacerse ilusiones, o en que no se tiene el sentido de la realidad, a la edad del sentido de la realidad, a la madurez con sus ideales. Esto es lo esencial que tenía que decirles de referente a la vida en general. Lo que tengo que decirles aún, lo que hace especial referencia a la mujer, puedo ahora decírselo empezando como paso a hacerlo.

La *vida es con-vivencia*. Nadie puede vivir siempre absolutamente solo. Todos necesitamos, con más o menos frecuencia e intensidad, de otros. Lo que pasa es, pues, y en primer término, que la convivencia es de muchas clases, entre ellas las de las convivencias duraderas o pasajeras; y en segundo término, que la *convivencia* supone *comunidad de intereses vitales*, que, según las clases de convivencia, son, o puramente *materiales*, o más o menos *ideales*, pero

que tienen que ser *intereses* y *comunes* a dos o más personas para que éstas *con-vivan* en alguna forma, y que según que sean pasajeros o duraderos, hacen pasajeras o duraderas las convivencias correspondientes. De esto y de lo que les he dicho en la primera parte de esta plática, se deduce que los ideales de la vida son ideales de convivencia, o intereses ideales de ciertas clases de convivencia. Entre estas clases, es una de las más importantes la convivencia de mujeres y hombres. En todo caso, ésta es la clase de convivencia que importa aquí ahora, porque nuestra nueva cuestión es ésta: ¿cuál es el ideal de esta convivencia, de la convivencia de mujeres y hombres?

En la gran convivencia que es nuestra cultura occidental, el ideal de la convivencia de mujeres y hombres es, sobre todo desde la cristianización de Occidente, el matrimonio de una mujer con un hombre, duradero tanto cuanto dura la vida de uno de los cónyuges. Entonces, y con arreglo a lo que les he dicho hace un momento, la realización de este ideal depende de el interés común a la mujer y el marido en su convivencia sea un interés capaz de hacer esta convivencia tan duradera como la vida de uno de los dos. Y nuestra nueva cuestión se convier-

te en esta obra: ¿cuál puede ser ese interés? — Ese interés es el que cada uno de los cónyuges pueda tener para el otro, pero voy a fijarme exclusivamente en el interés que la mujer pueda tener para el marido. Y nuestra cuestión se convierte una vez más en otra: ¿qué mujer puede interesar a un hombre tanto que este interés sea capaz de hacer que el matrimonio de ambos dure tanto como la vida de uno de los dos? — La respuesta a esta pregunta es que únicamente la que se llama una *mujer interesante*. ¿Qué es, pues, una mujer interesante? Tal es la forma final de nuestra cuestión.

Una mujer interesante es, ante todo, una mujer capaz de interesar a lo largo de un trato duradero con ella. Si una mujer interesa simplemente viéndola o antes de todo trato con ella, podremos decir que *parece* una mujer interesante, pero no que lo *sea*. Y si una mujer interesa sólo durante un breve rato de conversación, o una corta temporada de trato, no será precisamente muy interesante, aunque lo haya parecido.

Una mujer interesante es, en seguida, una mujer que primero parece interesante, y luego resulta serlo, por una especie de misterio que encubre y con que intriga duraderamente. En

general, los misterios son interesantes por ser misterios, y por consiguiente, sólo mientras son misterios: en cuanto el misterio se descubre, pierde el interés. Por lo mismo, a la mujer interesante le es propia una cierta *reserva*: todo lo contrario del *exhibicionismo* — de aquello por lo que es interesante en definitiva. Pero la reserva y el misterio no pueden ser totales, porque si lo son, si resulta imposible descubrir nada de lo reservado y misterioso, muere el interés por ello. Para que el interés dure es menester, por un lado, misterio, reserva, pero, por otro lado, sólo parcial: ni un dejarlo ver todo, ni un no dejar ver nada, sino un dejar *entrever*.

Es menester, además, que lo que se deje entrever no sea siempre lo mismo, pues si siempre es lo mismo, acaba por morir también el interés. Éste dura precisamente por su *renovación*, y ésta depende de la renovación de aquello mismo que interesa.

Pero ¿qué puede ser esto? ¿Qué es aquello, renovado y duradero, que deja entrever la mujer interesante, aquello por lo que una mujer es una mujer interesante?

Desde luego, no es la belleza. La belleza puede reservarse y dejarse sólo entrever, *haciéndola* así más o menos misteriosa e interesante,

pero no es cosa *de suyo* misteriosa, reservada y que sólo se deje entrever. Pero, sobre todo, la belleza no es capaz de ninguna renovación, a pesar de las artes cosméticas y de la cirugía plástica, tan duradera como aquella de que es capaz lo que hace a una mujer interesante. Una mujer bella, no por ser bella es, pues, interesante.

Lo interesante de la mujer interesante tampoco es la riqueza, a no ser en un sentido material de la palabra *interés*, y demás palabras de la misma familia, muy diferente de aquel que tienen cuando se habla de una mujer interesante.

En general, lo interesante de la mujer interesante no es nada *material*, ni en el sentido de lo corporal, ni en el sentido de lo económico y social. Sin embargo, la verdad es que ciertos rasgos relacionados —algunos, mucho— con lo corporal o con lo económico y social, son frecuentes en la mujer interesante. Si la belleza no es nada propio de la mujer interesante, cierta *gracia* es un rasgo por el que una mujer puede parecer interesante; y lo mismo pasa con cierta *elegancia*, y en casos con la *distinción* — aun no siendo la riqueza, y estando tan relacionadas con ésta.

Comprendemos por qué, no siendo lo interesante de la mujer interesante nada material, sin

embargo la gracia, la elegancia y la distinción son rasgos por los que una mujer puede parecer interesante, en cuanto nos damos cuenta de qué es, en definitiva, aquello por lo que una mujer es propiamente interesante. No siendo nada *material*, no puede ser sino algo *espiritual*. Y así es. La mujer interesante es interesante porque deja entrever cierto espíritu. Ahora, la gracia es precisamente expresión de cierto espíritu, a diferencia de la belleza, que de suyo no expresa nada del espíritu; y la verdadera elegancia es exclusiva de las personas que tienen un gusto refinado, el cual es una calidad del espíritu.

El espíritu que la mujer interesante deja entrever es también especial. Es una mezcla de natural y de adquirido —por medio de la educación y de la cultura— en que lo natural es únicamente la capacidad indispensable para la adquisición de lo demás, que es lo decisivo. Es difícil que una mujer sin ciertas capacidades pueda llegar a ser exquisitamente educada y verdaderamente culta, pero no es fácil que una mujer sin una buena educación y con poca cultura, por bien dotada que esté naturalmente, pueda resultar lo que se dice interesante de veras. Podrá ser atractiva, hasta graciosa, pero no de veras interesante. En cambio, mujeres menos do-

tadas naturalmente que otras, llegan a ser sumamente interesantes por obra de la educación y de la cultura. Todo esto quiere decir que aquello por lo que una mujer es interesante es en definitiva el resultado de un refinamiento de la naturaleza por obra de la cultura. La mujer interesante es interesante bajo el punto de vista de los intereses de la vida educada y culta: es la que promete una convivencia con ella sobre la base de una comunidad en estos intereses. La convivencia será más o menos duradera, según lo durable de los intereses mismos, que puede variar desde lo capaz de ser tema de una conversación interesante, hasta lo capaz de ser objeto de una colaboración de toda la vida. Pero como entre los intereses más durables figuran en primera línea los de la cultura, se comprende que éstos sean los intereses que pueden hacer a una mujer interesante de veras. Y como la distinción es una forma elevada de la educación, también se comprende que la distinción sea uno de los rasgos que hacen a una mujer parecer una mujer interesante. Y como, en fin, la educación y la cultura son todavía en buena medida un privilegio de las personas de cierta posición social, a pesar de los grandes progresos hechos por la democratización de la educación y la cultura, se com-

prenden asimismo las relaciones que encontramos entre la mujer interesante y la posición social.

Pero queda todavía otro rasgo indispensable a la mujer interesante. La mujer interesante es la que es interesante, no la que *se hace la interesante*. No es lo mismo *ser interesante* que *hacerse la interesante*. Más bien son lo contrario. Hacerse la interesante suele hacerse precisamente la mujer que no lo es, y precisamente porque no lo es: para hacerse pasar por lo que no es. El hacerse la interesante, por lo mismo que es un *hacerse*, está diciendo que no se es, sino que *se afecta* ser lo que no se es. Esta afectación consiste, o en encubrir del todo el espíritu que si se dejase ver del todo, revelaría no ser interesante, o al revés, en empeñarse en mostrar a toda costa que se es interesante o en el exhibicionismo del propio espíritu, y ya sabemos que estos dos extremos matan igualmente el interés. Por eso la que se hace la interesante no consigue nunca su propósito de interesar de veras o hacer que se le tome por una mujer de veras interesante. La mujer de veras interesante lo es, pues, sin afectación alguna o con toda *naturalidad*. La naturalidad se refiere a lo *natural*, y lo natural es, o lo *nativo*, *el natural*, o lo adquiri-

do que ha llegado a ser una *segunda naturaleza*. En la mujer, lo nativo es la *feminidad*. Por eso la mujer interesante, que es la que lo es con naturalidad, es la que lo es con feminidad. La mujer interesante ha de conjugar, pues, la cultura con la feminidad. Una mujer a la que la cultura hiciese perder la feminidad, no podría ser interesante más que en el sentido en que son interesantes los casos monstruosos, o por lo menos anormales, mientras que la mujer interesante nunca es un caso monstruoso, y sólo es un caso anormal en el sentido de no ser el más frecuente o un caso vulgar. Por otra parte, la vulgaridad no es precisamente interesante en ningún caso.

En conclusión, una mujer interesante es una mujer que deja entrever con naturalidad que tiene un espíritu capaz de interesarse por los intereses ideales de la vida educada y culta. Y como estos intereses figuran, según dije antes, en primera línea entre los más durables, la convivencia entre una mujer y un hombre fundada en una comunidad de estos intereses es la más capaz de durar tanto como la vida de uno de los dos.

Y termino diciendo dos cosas: que esta Universidad quisiera ser escuela de mujeres, no que

se hagan las interesantes, con afectación, sino que sean de veras interesantes, con naturalidad, con feminidad; y que me hago la ilusión de que esta plática les haya interesado y de que algún día la recuerden y les sea útil.

LA MUJER EN LA HISTORIA ³

RECIENTEMENTE he dado en La Habana y en México sendos cursillos bajo el título de *Filosofía de la Filosofía*. Tanto en una ciudad como en otra, dos de los temas tocados han provocado resistencias y promovido polémicas más generales que las suscitadas por otros en el círculo de los profesionales de la filosofía y de algunos otros intelectuales de profesión: la teoría de las edades de la vida y la relación de éstas con la filosofía y las relaciones entre la filosofía y la mujer. Dejando aquel tema para otra eventual ocasión, ⁴ voy aquí a mostrar —a mostrar, porque no hay espacio para más— toda la amplitud y hondura de los problemas que plantea

³ Escrito en 1939. Inédito.

⁴ V. *Juventud y Filosofía*, en *Filosofía de la Filosofía e Historia de la Filosofía*. Editorial Stylo. México. 1947.

el de las relaciones entre la mujer y la filosofía. Afirmaciones como las que creí deber hacer en los cursillos desazonan, según parece, a algunas contemporáneas, entre las cuales he de contar a bastantes de mis oyentes. Es posible que lo que voy a apuntar represente para ellas un lenitivo a esta desazón.

Es un hecho que la mujer no figura en la Historia ⁵ de la filosofía. Este hecho no es más que un caso extremo del hecho más amplio de que la mujer figura mucho menos que el hombre en la Historia de los demás sectores de la cultura —ciencia, religión, arte, literatura . . .— y aun en la Historia en general. Esta última afirmación necesita ser precisada. La mujer contribuye con el varón a la historia de la Humanidad. Pero en forma anónima, no como personalidad que “figura” en la Historia. Se trata de explicar este hecho.

Hay que desechar inmediatamente algunas explicaciones que se ocurren o han sido propuestas, por no ser explicaciones, sino la reiteración del hecho que se trata de explicar. Podría ocu-

⁵ Escribo Historia, con mayúscula, cuando me refiero a la literatura histórica, a la ciencia histórica; historia, con minúscula, cuando me refiero a los hechos narrados por la literatura histórica, estudiados por la ciencia histórica.

rrirse achacar la ausencia de la mujer en la Historia al hecho de ser varones la inmensa mayoría, si no la totalidad de los historiadores. Pero este hecho no es la explicación del otro, de la ausencia de la mujer en la Historia, sino este mismo hecho: la falta de historiadoras es un caso particular de la general o relativa falta de fundadoras de religiones, ⁶ de filósofas, de "mujeres de ciencia", de "mujeres de Estado", incluso de literatas y de artistas del género femenino.

Exactamente lo mismo sucede con la presunta explicación de la histórica situación social de inferioridad de la mujer. Tampoco este hecho es la explicación del hecho de la ausencia de la mujer en la Historia, sino uno con éste: la ausencia de la mujer en la Historia es uno de los aspectos, si no *el* aspecto, de la histórica situación social de inferioridad de la mujer. El hecho que se trata de explicar es precisamente este hecho de la situación de inferioridad de la mujer que no figura en la Historia. ¿Por qué es el varón quien ha sojuzgado a la mujer, hasta el punto de no permitirle figurar en la Historia, y no a la inversa?

⁶ Las santas constituyen la única excepción importante. por ello sobre manera sugestiva, a la ausencia de la mujer en la Historia.

La debilidad de la mujer, que se invoca para explicar el hecho, no es una explicación suficiente, entre otras razones porque no se explica suficientemente a su vez esta debilidad, pero es ya un conato de explicación, y tiene además, sobre las anteriores pseudoexplicaciones, el mérito de sugerir un método de explicación digno de empleo y examen.

Intentar explicar la situación histórica de la mujer y su ausencia en la Historia por su debilidad, es intentar explicar el hecho histórico por la naturaleza, o constitución de la mujer, por su carácter y personalidad, con términos de mayor actualidad científica. Más precisamente: por la incongruencia entre la personalidad de la mujer, lo que se puede llamar más brevemente la feminidad, y la naturaleza de los sectores de la cultura y de la historia en que la mujer no figura. La fundación de religiones, la filosofía, la ciencia, la política, la literatura y el arte incluso, la historia misma, consistirían total o parcialmente en algo o exigirían algo con lo que sería incompatible o que no podría dar de sí la feminidad.

Este método fue empleado hace algunos años por don Manuel G. Morente para explicar precisamente la ausencia de la mujer en la Historia

de la filosofía.⁷ Feminidad y filosofía consistirían en cosas exactamente opuestas: nada de extrañar, pues, que la mujer no haya hecho, por no poder hacerla, filosofía. La feminidad que don Manuel G. Morente encontraba incompatible con la filosofía ha sido definida, en instructiva contraposición a la personalidad masculina, por don José Ortega y Gasset en los términos siguientes, que prefiero para citar por su acabada brevedad: "La psique masculina, en general, tiene una estructura menos solidaria y compacta que la femenina, o, dicho de otro modo, el hombre suele estar formado por varias provincias íntimas que apenas se comunican entre sí. Su vida política, por ejemplo, no tiene conexión alguna dentro de él mismo con su vida sentimental o profesional. El alma femenina está más reunida consigo misma, y por eso, aunque en general su volumen es menor que el del alma varonil —de aquí la mayor rareza de la magnanimidad en la mujer y la mayor frecuencia de la pusilanimidad—, su sensibilidad es más profunda y vigorosa. La mujer está a la vez en todas las regiones de sí misma, y su mo-

⁷ En su artículo "El espíritu filosófico y la feminidad", publicado en la *Revista de Occidente*.

do de reacción es casi siempre total.”⁸ En una palabra, la feminidad se caracterizaría por la concentración, por la *concreción*. Pero la filosofía fue definida ya por Aristóteles como el saber de las cosas más abstractas, como obra de abstracción intelectual, y de *abstracción* intelectual máxima.

En mis cursillos he añadido algo a esta explicación. Filosofía y psicología contemporáneas de consuno nos han enseñado que lo intelectual tiene por base estratos no intelectuales de la personalidad. He aplicado a la filosofía esta enseñanza en dos puntos. La abstracción intelectual gravitaría sobre una abstracción vital, sobre un prescindir de porciones enteras de la vida, para poder abstraerse, en las restantes, en los objetos de la inteligencia. La incompatibilidad entre la abstracción intelectual implicada por la filosofía y la concreción constitutiva de la feminidad resultaría fundada más profunda y decisivamente en la incapacidad de la mujer para dejar de referir afectivamente al centro de su personalidad aquellas porciones de la vida.

Por otra parte, la intelectualidad filosófica dependería del carácter del filósofo, y de este

⁸ “Revés de almanaque”. *Obras de José Ortega y Gasset*, 2ª edición. Tomo I. Página, 751.

carácter sería elemento primordial la soberbia. Mas la mujer no sería sino a lo sumo muy excepcionalmente ni objeto de la soberbia del varón, sino de su orgullo o de su vanidad, ni sujeto de soberbia, sino meramente orgullosa o vanidosa, de su cuna o riqueza, o de sus hijos o marido, o de su belleza o elegancia . . . La incompatibilidad entre la filosofía y la feminidad se presentaría una vez más, por debajo de la incompatibilidad preferentemente intelectual ya señalada, como una incompatibilidad caracterológica, entre la soberbia filosófica y la extrañeza de la soberbia a la mujer.

La aplicación de método al hecho general de la situación histórica de la mujer y de su ausencia en la Historia debiera conducir a comprobar en última expresión la incompatibilidad entre la feminidad y el contribuir a la historia como personalidad y el figurar en la Historia, o entre la feminidad y . . . la personalidad: la de la mujer consistiría en no tenerla.⁹

Pero prescindiendo de debatir aquí este problema, cuyo solo planteamiento constituye una

⁹ Es obvio que el término de "personalidad" se emplea en dos acepciones: naturaleza propia y distintiva de cada individuo, sexo u otro grupo natural o social; individualidad relevante de un individuo o grupo.

falta de galantería y expone a las justificadas represalias femeninas, voy a terminar indicando el problema que plantea el método mismo que conduciría a la anterior conclusión.

Explicar hechos históricos como el de la situación de la mujer y la ausencia de ésta en la Historia, por la personalidad, supone generalmente concebir la personalidad como una esencia fija de la persona, como un factor de la historia invariable a lo largo de ella. Lo cual supondría a su vez concebirla como algo aparte de la fluencia y textura de la historia, como algo abstracto de ésta. Ahora bien, ésta sería la cuestión debatida en el fondo último de la explicación de un hecho como el que ha servido de punto de partida a este artículo. La feminidad ¿es algo inmutable? ¿puede separarse del tejido y curso de la historia?

Esto último no lo parece. La personalidad individual cambiaría con las condiciones sociales, como en la realidad no es abstracta de éstas, sino concreta con ellas. La realidad de la historia se integra de la realidad de todos los seres humanos, y así el cambiante curso de aquélla resultaría de la íntima alteración paulatina de éstos. Más radicalmente que otras consideraciones que pudieran aducirse, la filosofía contem-

poránea ha venido a profundizar y fundamentar la afirmación precedente. La filosofía contemporánea, en efecto, ha llegado a negar que el ser humano en general tenga una naturaleza inmutable, afirmando correlativamente que lo que el ser humano tiene es una historia, esto es, que la historia afecta al ser mismo del ente humano, y no es un mero accidente de una esencia humana inmutable. Esta filosofía ofrecería, como se ve, a la mujer una posibilidad de hacer en lo futuro filosofía. Y los cambios que hemos empezado a presenciar en la situación histórica de la mujer, y que parecen ir de par con una alteración de la feminidad misma, corroborarían todo lo anterior. Mas si la historia es obra de la voluntad humana —sea o no ésta libre, sea última o sólo inmediatamente obra de ella—, esta posibilidad no se realizará sino por el denuevo de una promoción femenina que se decida a dedicarse a la filosofía, corriendo el riesgo de hacerlo infructuosamente, pero resolviendo experimentalmente la cuestión. Por eso, si mis desazonadas oyentes y presumibles lectoras se determinan a ser esta promoción, cualquiera que sea el resultado de su arrojo, la filosofía les quedará agradecida.

ÍNDICE

Dedicatoria	5
Advertencia	7
Acerca de la Segunda Enseñanza Mexicana	9
Cuatro puntos cardinales universitarios .	29
<i>Alma Mater</i> . Elogio condicional de la cultura, la ciencia y la Universidad . .	57
La significación de un colegio bilingüe e internacional	71
En torno y como anejo a la educación de las mujeres	85
Conversación, matrimonio y democracia	87
Las ilusiones y la mujer interesante .	96
La mujer en la historia	116

EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,
BAJO LA DIRECCIÓN DE RUBÉN
BONIFAZ NUÑO, SE TERMINÓ LA
IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO EL DÍA
2 DE JUNIO DE 1960. LA EDICIÓN
ESTUVO AL CUIDADO DEL AUTOR, Y
MARIO CASAS R. SE HICIERON
1,500 EJEMPLARES.

